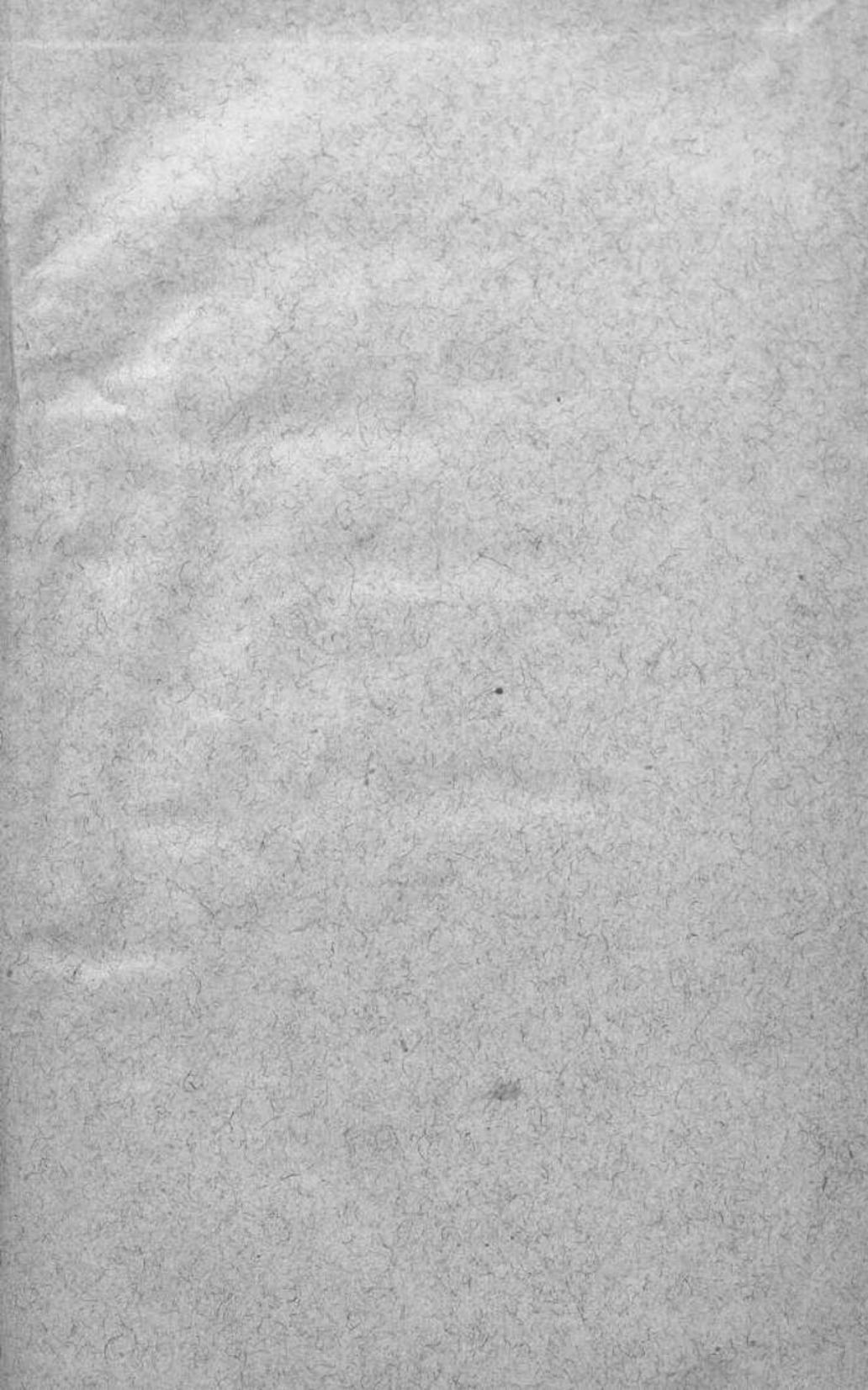


8.





LA PALOMA DEL CARMELITO

X
Al Sr. Director
de la "Revista Bar-
mitana"

pregunta otorgue al

el autor



LA PALOMA DEL CARMELO



JUAN B. ALTÉS Y ALABART, PBRO.

LA PALOMA DEL CARMELO

6

LA VOCACION RELIGIOSA DE S. TERESA DE JESÚS

drama para niñas en tres cuadros y en verso

Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica

BARCELONA

IMPRENTA DE BERTRÁN Y ALTÉS, Pelayo, 60, bajos

1886

AL RDO. SR. D. ENRIQUE DE OSSÓ, PBRO.

infatigable apóstol y propagandista de la devoción á

SANTA TERESA DE JESÚS

EN TESTIMONIO DE AMISTOSO AFECTO

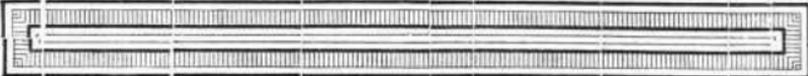
le dedica estas humildes páginas

EL AUTOR

PERSONAS DEL PRIMER CUADRO.

TERESA, (14 años de edad).	ISABEL, (15 id.).
MARÍA, (26 id.).	BEATRIZ, (16 id.).
RODRIGO, (13 id.).	PAULA, CRIADA, (30 id.).

La acción pasa en Ávila, en el siglo XVI.



CUADRO PRIMERO.

Sala grande amueblada con severidad y buen gusto. En el foro, una puerta que conduce à la casa y à la calle. A la izquierda, una puerta que comunica con el cuarto de Teresa. A la derecha otra puerta que da à la habitacion de Maria.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA y PAULA.

- MARÍA. . . . Ya lo tienes entendido.
PAULA. . . . Está bien, señora.
MARÍA. . . . Mira,
no olvides mis advertencias;
no quiero yo que se diga...
PAULA. . . . ¿Quién ha de decir, señora?
MARÍA. . . . Ni aun la palabra más mínima
en desdoro de esta casa
que, por la gracia divina,
siempre ha sido y quiero sea
limpio espejo de hidalguía,
de nobleza, de honradez...
PAULA. . . . Señora, bien à la vista
de todo el mundo está eso.
¿Quién puede...
MARÍA. . . . ¿Quién?... La malicia
de las gentes es muy grande,
y no faltan, por desdicha,
quiénes con ojo avizor
todo lo observan, lo atisban
todo y... Paula, Dios nos guarde
de las lenguas viperinas.
PAULA. . . . Pues lo que es en esta casa...
aun las gentes más malignas
pueden observarla, tanto
de noche como de día,

que nadie ha de ver en ella
cosa alguna que desdiga
de las personas más...

MARÍA Cierto;

mas nunca será excesiva
la atencion, ni...

PAULA ¿ Eso faltara,
estando doña Maria?

MARÍA Ni quiero que falte nunca.
Mi hermana, que en pocos dias
se ha transformado en mujer,

PAULA (¡Y qué preciosa y qué linda!)

MARÍA no se me oculta, despierta
afectos y simpatías
en los jóvenes...

PAULA Y en todos

cuantos tengan alma y vida.

¡ Lo orgullosa que yo estoy
cuando la acompaño á misa!

¡ Cómo la contemplan todos,
y se acercan, y la miran !

Bien puede bajar los ojos

y hacerme andar más aprisa
para evitar las miradas

que ella, á su pesar, cautiva.

Porque con esto ¿ usted sabe
qué logra mi amada niña ?

Pues encender más las rosas
tempranas de sus mejillas,

dar á sus ojos parleros

más hechizo y picardía,

embellecer más su rostro

que aún los ángeles envidian,
y aumentar de todo el cuerpo

aquella gracia nativa,

aquel donaire que á todos

seduce, y tantas admiran.

MARÍA ¿ Te callarás ? ¿ A qué vienen

semejantes boberias ?

Lo que digo es que no olvides...

PAULA Quedará usted complacida.

MARÍA Que aunque nos falta la madre,

conservamos aun muy vivas

su memoria, sus virtudes,

y su honestidad limpisima.

PAULA (Aparte). (¡Qué pesadez !) ¿ Puedo irme ?

MARÍA Vete. Mas... nada le digas.

(Escuchando y mirando por el foro).

¿ Quién viene ahora ? ¡ Ah ! Es Rodrigo.

Tambien merece le riña.

ESCENA II.

RODRIGO y MARÍA.

- RODRIGO. . . (*Entrando por la puerta del foro*).
Ya ves cuán pronto me tienes
hoy á tu lado, María. (*Se sienta junto á ella*).
- MARÍA. . . . Te lo agradezco, á fé mia.
¿ Mas cómo tan solo vienes?
¿ No andabas acompañado
de tus primos?
- RODRIGO. . . . Si ; mas viendo
que iba aprisa anocheciendo
¿ qué quieres ? los he dejado.
- MARÍA. . . . ¿ Sin invitarles ?
- RODRIGO. . . . Mañana
vendrán.
- MARÍA. . . . (*Con enojo*) ¡ Como de costumbre !...
- RODRIGO. . . . ¿ Es que te da pesadumbre
que nos visiten, hermana ?
- MARÍA. . . . No extraño, Dios es testigo,
el que Gonzalo y Martin
nos visiten, porque... al fin,
son primos nuestros, Rodrigo.
Pero, vamos, no está bien,
y ha de verse con sorpresa,
que con tu hermana Teresa
siempre platicando estén.
Bien lo sé, en ella no falta
ni discrecion, ni virtud ;
pero tanta juventud...
tal hechizo... gracia tanta...
Y ellos, apuestos, galanes,
bizarros, aduladores,
hablando siempre de amores,
presa de tiernos afanes,
y... ¿ No comprendes, hermano,
que esto no puede seguir ?
¿ Se lo habré, al fin, de decir ?
- RODRIGO. . . . Pues, María, será en vano.
- MARÍA. . . . ¿ Que será en vano ?
- RODRIGO. . . . Es que ignoras
lo que ellos dicen.
- MARÍA. . . . A ver.
- RODRIGO. . . . Que no tienen más placer
que el hablarla á todas horas.
- MARÍA. . . . ¿ Los dos ?
- RODRIGO. . . . Los dos. Sobre todo,
don Gonzalo.
- MARÍA. . . . Lo pensé.
- RODRIGO. . . . Dice que no puede...
- MARÍA. . . . ¿ Qué
no puede ?

- RODRIGO... De ningun modo
dejar de ver á Teresa
y de hablarle cada dia;
que si no, se moriria.
- MARÍA... (*Burlando*). ¡ Tan jóven ir á la huesa !
- RODRIGO... Y que no pasa un momento
sin que...
- MARÍA... Sin que la recuerde.
- RODRIGO... Y además...
- MARÍA... (*Con burla*) ¿ Más hoja verde ?
- RODRIGO... Que el no verla es su tormento.
- MARÍA... Por supuesto. (*Aparte*) (Ya temi
esta amorosa maraña.
Nunca el corazon engaña).
Y á ver qué más dijo; di.
- RODRIGO... Como no habla de otra cosa,
imposible es recordar...
¡ Ah ! y añade que á pesar
de todo...
- MARÍA... ¿ Será su esposa ?
- RODRIGO... Tan claro así, no lo dice;
mas demasiado comprendo...
- MARÍA... Pues ya se irá convenciendo
de otra cosa el infelice.
¿ Y eso tambien a tu hermana
le ha dicho el jóven galan ?
- RODRIGO... ¡ Oh ! no lo creo, no es tan...
- MARÍA... ¿ Acaso Teresa es rana ?
(*Aparte*). (Esto saber me cumplia
para obrar cual corresponde
a mi deber).
- RODRIGO... ¿ Pero dónde
Teresa está? (*Llamando*) ¿ Hermana mia?
¿ Teresa ?
- TERESA... (*Apareciendo por el foro*). Mi buen Rodrigo,
ya vengo; calla por Dios.
- MARÍA... Quedáos aqui los dos.
- TERESA... ¿ Sales ? (*Con cariñoso mimo*).
- MARÍA... Pronto estoy contigo.

ESCENA III.

RODRIGO y TERESA.

- RODRIGO... Leyendo estabas, de fijo.
- TERESA... ¿ Quién te ha contado... ?
- RODRIGO... ¡ Pues fuera
gracioso que no supiera
lo que haces en tu escondrijo !
- TERESA... (*Sonriendo*). Está claro. Como quien
hace tales picardias,
piensas que...
- RODRIGO... ¿ Y no las hacias ?

- TERESA . . . ¿Y no las haces tambien?
RODRIGO . . . Pero tú ni á dos tirones
sueñas libro que empezaste.
¡ Los libros que devoraste
metida en esos rincones!
- TERESA . . . No puede dejar de ser
si hay hermano tan gentil
que á su hermana libros mil
le trae para leer.
- RODRIGO . . . Como ella no está contenta
sino al tener libro nuevo,
¿qué he de hacer? voy y le llevo
del manjar que la alimenta.
- TERESA . . . Y que á tí tan mal no sabe.
Sólo que en cien ocasiones
prefieres las diversiones
á nuestra lectura suave;
y no sé por cuál amigo
dejas solas tus hermanas.
- RODRIGO . . . ¿Tienes de chancearte ganas?
TERESA . . . ¿No es verdad esto, Rodrigo?
RODRIGO . . . Verdad será; pero de esa
falta no culpes á mí.
- TERESA . . . ¿Pues á quién?
RODRIGO . . . ¿A quién? A tí.
TERESA . . . ¿A mí, Rodrigo?
RODRIGO . . . A Teresa.
- TERESA . . . ¡ Lindo modo de excusarte!
¿Haces cualquier picardia?
Pues claro: la culpa es mia...
- RODRIGO . . . Es tuya, si, en mucha parte.
Tal vez he faltado en algo;
pero Gonzalo y Martin
tanto me ruegan, que... al fin,
¿qué hacer? Con ellos me salgo.
Enfádanse si por suerte
falto una tarde á paseo;
dicen que no hallan recreo
si no voy.
- TERESA . . . Gustan de verte.
- RODRIGO . . . Sin duda; mas tú dirás
cómo es que tarde y mañana
hablan siempre de mi hermana...
- TERESA . . . Para burlarse quizás.
- RODRIGO . . . Tú dirás por qué no cesa
Gonzalo de pretender
todas tus cosas saber....
«¡Teresa!» y siempre «Teresa!»
Esta mañana aquí en casa
verte y hablarte logré.
¿Está contento? Pues no.
Todo el tiempo se le pasa
pensando en verte de nuevo.
¡Cuidado, qué frenesí!...
¿Y dirás que esto es por mí?
- TERESA . . . (*Aparte*). (¡Dios mio!)

RODRIGO... Casi me atrevo
 á asegurar que...
 TERESA... *(Con miedo)*. ¿Vendrán?
 RODRIGO... No creo que se detengan.
 TERESA... ¡Jesús mio! ¡Que no vengan!
 RODRIGO... ¡Bah!
 TERESA... *(Por su padre y su hermana)*. ¿No sabes cómo están?
 RODRIGO... *(Dirigiendo sus miradas al foro en donde se oye ruido)*. Pues mira, ya viene.
 TERESA... *(Con aire de espanto)*. ¿Es él?
 RODRIGO... Sin duda. Mas vienen dos.
 TERESA... *(Apareciendo las dos jóvenes)*.
 ¡Ah! no son... ¡Gracias á Dios!
 RODRIGO... ¡Hola, Beatriz!
 TERESA... ¡Isabel!

ESCENA IV.

Dichos y BEATRIZ é ISABEL.

ISABEL... ¿Los dos solitos?... ¡Hermosa! *(abrazando á Teresa)*.
 Y es claro, siempre contigo
 este pícaro Rodrigo.
 BEATRIZ... Lo extraño fuera otra cosa *(Abraza á Teresa)*.
 TERESA... Somos los dos más pequeños,
 y...
 ISABEL... Las mismas aficiones
 tienen vuestros corazones.
 BEATRIZ... Hasta los mismos ensueños.
 RODRIGO... Y eso es cierto, vive Dios.
 ¡Lo que entonces nos reimos!
(A Teresa). ¿No te acuerdas que tuvimos
 igual ensueño los dos?
 TERESA... Es verdad.
 BEATRIZ... Quizá aquel día
 el libro vuestro trazábais.
 y es claro, luego soñábais
 lo que la pluma escribía.
 RODRIGO... Bien pudo ser.
 ISABEL... Y decid:
 ¿Acabóse el libro aquel?
 TERESA... Falta ya poco, Isabel.
 RODRIGO... Muy poco.
 ISABEL... Pues concluid.
 TERESA... Eso está muy pronto dicho;
 pero el hacerlo... ¡friolera!
 Yo no sé de qué manera
 terminar nuestro... capricho.
 BEATRIZ... Por supuesto, deberán
 ser aventuras de amor.
 RODRIGO... ¡Oh, y qué hermosa es doña Flor!
 ¡Qué bizarro don Florian!
 ¡Aquello si que es guardarse

- amor limpio y sin mancilla !
¡ Allí es de ver cómo brilla
el honor sin empañarse !
¡ Allí es oír las razones
más discretas y pulidas,
con que dos almas unidas
se muestran sus aficiones !
¡ Allí es ver la honestidad
sin tacha de doña Flor,
allí el combatido amor
de un doncel de calidad !
- ISABEL Pero, por fin, ¿ qué sucede ?
¿ Se casan los dos, ó no ?
- RODRIGO Que se casen, digo yo.
- BEATRIZ Es natural. ¿ Cómo puede
terminar la historia esa,
sino haciendo venturosa
á pareja tan hermosa ?
- ISABEL Cásalos pronto, Teresa.
- TERESA Es que la doncella amante,
que es dechado de amor fiel,
si es cierto que ama al doncel,
pero...
- ISABEL ¿ Qué falta ? Adelante.
Ama ; es amada... ¿ Qué más
quiere la ingrata chiquilla ?
- BEATRIZ Debe ser una loquilla.
- ISABEL Y una orgullosa, además.
- TERESA Ni es loca, ni tiene orgullo
mi doña Flor, me parece.
- ISABEL ¿ Pues por qué, di, no se mece
del amor al blando arrullo ?
- TERESA Sí, con sobrada caricia
halaga ese amor su pecho ;
mas... no queda satisfecho...
- ISABEL ¿ Aun quiere mayor delicia ?
¡ Golosa es la niña, á fe ?
- TERESA Sueña en amor soberano.
- ISABEL ¿ Amor de rey ? Sueño vano.
- TERESA Amor que sólo entrevé.
- BEATRIZ No me gusta á mi una Flor
que emprende tan alto vuelo.
- ISABEL Debe esperar que del cielo
baje el soñado amador.
- BEATRIZ Claro está, contentesé
con su don Florian rendido.
¡ Que él se halle tan encendido
y que ella tan fría esté !
Por Dios, Teresa, deshace
la trama de esos amores
tejiendo un nido de flores
á los dos...
- TERESA ¡ Qué desenlace
tan ordinario y rastrero
para una dama como esa !

- ISABEL . . . ¿Cómo quién? (*sonriendo intencionadamente*).
¿Cómo Teresa?
- BEATRIZ . . . (*Con igual sonrisa é intencion*).
Su retrato verdadero.
- TERESA . . . ¡Qué gracias! Os burlais
de mi franca sencillez.
Pues aguardad, que otra vez...
¡Qué testimonios me alzais!
Mi hermano podrá decir
que no son sino ficciones.
- ISABEL . . . Si, pero en ellas tú pones
tu alma y tu propio sentir.
- BEATRIZ . . . Venga el libro, y ya vereis
cómo...
- TERESA . . . Marcha, Rodrigo
á buscarlo.
- BEATRIZ . . . Voy contigo.
- TERESA . . . Id los dos, y no tardeis.

ESCENA V.

ISABEL y TERESA.

- ISABEL . . . Solas quedamos, y puedo
hablarte con más franqueza,
mi querida doña Flor.
- TERESA . . . ¿Doña Flor?
- ISABEL . . . (*Rectificando*). Digo, Teresa.
Ayer vino don Gonzalo
á verme.
- TERESA . . . La enhorabuena.
- ISABEL . . . Y me dijo que conoce
que sus visitas molestan...
- TERESA . . . ¿A quién?
- ISABEL . . . Pues á tu familia.
- TERESA . . . Ignoraba tales nuevas.
- ISABEL . . . Dice que él lo ha adivinado
por el silencio y reserva
de tu padre y de Maria.
- TERESA . . . ¡Adivinacion es esa!
¿No conoce de mi padre
aun la gravedad discreta?
¿Se figura que es mi hermana,
como yo, niña traviesa?
¡Si yo imitarla supiese!...
¿Mas puede el olmo dar peras?
- ISABEL . . . Y por lo tanto...
- TERESA . . . ¿Qué quiere?
- ISABEL . . . Si te parece, quisiera,
ya que ir no puede á tu casa...
- TERESA . . . ¿Quién le ha cerrado la puerta?
- ISABEL . . . Verte y hablarte...
- TERESA . . . Isabel,

si eso quiere, á casa venga.

Ya sabe que tienen todos
mis primos la casa abierta.

ISABEL . . . ¡Primo! es verdad; mas no ignoras
cómo siente y cómo piensa
el infeliz don Gonzalo,
á quien tú...

TERESA . . . ¡La hicimos buena!

ISABEL . . . A quien tú no correspondes
con el amor que él desea.

TERESA . . . ¿Aun quiere mayor afecto?

ISABEL . . . Quien ama con tantas veras,
quien siente herido su pecho
de ardiente amor con la flecha...

TERESA . . . Va y... se la saca en seguida,
no sea caso que muera.

ISABEL . . . Aqueste donaire tuyo
es lo que más le atormenta.

TERESA . . . Pues ¿qué desea mi primo?
(poniendo con afectacion el rostro serio).

ISABEL . . . ¿Que me ponga así... muy seria?

ISABEL . . . Pero en pláticas de amores
con quien sabes que no anhela
sino...

TERESA . . . ¿Entonces, dime, es cuando
no he de mostrarme risueña?

ISABEL . . . Es que tus francas sonrisas,
tu buen humor, tu perpétua
jovialidad son indicio
(segun don Gonzalo cuenta)
de que el amor tú no sientes...

TERESA . . . ¡Pues me gusta á mí la treta!
(Aparte). ¡Ay! Demasiado lo siento).

ISABEL . . . Te aseguro que me apena
su situacion.

TERESA . . . (Con interés). ¿Está enfermo?

ISABEL . . . No descansa ni sosiega
un momento, ansiando siempre
saber de ti, á donde quiera
que tú vas yendo en seguida
por mirarte aunque no sea
sino un instante... Te digo
que nunca vi tal vehemencia
de amor.

TERESA . . . (Aparte). ¡Dios mio!) Es un juego
y nada más lo que cuentas.

ISABEL . . . ¿Un juego, no suspirar
sino por ver tu belleza,
andar de aquí para allá
inquieta como alma en pena,
melancólico y sombrío
si no vió á su amada prenda?

TERESA . . . (Aparte). ¡Pobre Gonzalo!

ISABEL . . . ¡Qué amor
tan ardiente te profesa!

- TERESA . . . ¿ Y te fias tú, amiguita,
de lo que ellos dicen ?
- ISABEL . . . ¡ Buena
soy para no conocer
à los amantes ! No temas,
que si no le conociese
à fondo, nada dijera
en su favor. Pero juro...
que hariais linda pareja.
- TERESA . . . ¿ Quieres callarte, Isabel ?
- ISABEL . . . Gallarda y gentil presencia,
bello semblante, miradas
enamoradas y tiernas,
nombre ilustre, tan ilustre
como el de Ahumada y Cepeda,
esmerada educacion,
innumerables haciendas,
cualidades y virtudes
que toda Avila celebra,
y sobre todo, un amor
dispuesto à todo, Teresa...
¿ Esto te parece poco ?
- TERESA . . . ¿ Yo qué digo ?
- ISABEL . . . Pues alienta
sus esperanzas, y dile
la palabra que él espera.
Decidete.
- TERESA . . . Calla... Alguno...
- ISABEL . . . Es Paula (*que aparece por el foro*).
- PAULA . . . (*Entrando*). ¿ Lo oyes, Teresa ?
Llama Rodrigo hace rato,
y tú ¡ ca ! sigues tan fresca.
- TERESA . . . Esperándoles. ¿ Qué pasa,
que no salen ?
- PAULA . . . Cosas buenas.
Entra, y lo sabrás.
- TERESA . . . (*Alzándose y entrando por la puerta de su habita-
cion*). A ver
qué quieren...

ESCENA VI.

ISABEL y PAULA.

- ISABEL . . . Escucha, Paula.
- PAULA . . . Habla, Isabel, ¿ qué deseas ?
- ISABEL . . . ¿ Viste à Gonzalo en la calle ?
- PAULA . . . No lo vi; pero dijera
que oí su voz.
- ISABEL . . . ¿ Dónde estaba ?
- PAULA . . . Ahí bajo, cabe la puerta
del jardin.
- ISABEL . . . Dime ¿ y cantaban ?

- PAULA. . . . Sólo oi puntear las cuerdas.
ISABEL. . . . Me lo temi. ¡ Si está loco,
loco de amor ! ¡ Qué impaciencia !
Un dia que no ha venido,
como de costumbre, á verla,
ya alborota el vecindario.
(*Suena á lo lejos una música*).
PAULA. . . . ¿ Oyes?... La música suena ;
¡ qué gusto da ! Pasaria
yo toda la noche oyéndola.
ISABEL. . . . ¿ Y si en este instante vienen ?
(*Por D.^a Maria y su padre*).
PAULA. . . . Pues será fácil que vengan.
Doña Maria á estas horas
siempre está en casa, y tras ella
suele su padre acudir.
ISABEL. . . . ¡ Este Gonzalo ! ¡ Qué idea
tan infeliz ! Desbarata
nuestro plan, con su imprudencia.
¿ Qué necesidad tenia
de serenatas y orquestas ?
PAULA. . . . Es que don Gonzalo sabe
lo mucho que gusta de ellas
la niña.
ISABEL. . . . Mas tambien sabe
que es mala ocasion aquesta
para tales desahogos.
Pensar que sin descanso y tregua
tres meses há que no cuido
sino de llevar la empresa
á buen término, luchando
con mil y mil resistencias,
que opone un alma tan cándida
como el alma de Teresa.
PAULA. . . . Y sin embargo, en su pecho
hicimos muy poca brecha.
ISABEL. . . . Poca, es verdad ; mas repara
cómo ya se manifiesta
más blanda, más accesible
á las galantes finezas
de Gonzalo ; mira cómo
á su beldad más atenta,
cuida mejor de sus manos,
más limpias que una patena,
reparte en sedosos bucles
de sus cabellos las hebras,
y su rostro, embellecido
con las emociones tiernas
del amor, hartó declara
que á alguno agradar desea.
PAULA. . . . Tienes razon ; pero...
ISABEL. . . . Advierte :
cómo hace tiempo se esmera
en vestirse con más gusto,
con más donaire y riqueza.

- Mira cómo las sortijas
y pendientes no desdeña,
y sus hermosos cabellos
baña en ungüentos y esencias.
- PAULA. . . . Todo es verdad, y confieso
que tal mudanza me alegra.
¡Lo que gozo yo al mirarla
tan donosa y hechicera!
¿Pero qué promesas, dime,
á D. Gonzalo tiene hechas?
¿Qué favores, qué confianzas,
por inocentes que sean,
á su enamorado primo
hizo de su amor en prenda?
El pobre, bien lo sé yo,
no sin razon se lamenta,
y de insensible y de esquiva
á veces la trata, mientras
ella se rie y se burla
de sus amorosas quejas.
¿Te parece á ti?...
- ISABEL. . . . Imposible
que cualquier otra doncella
no hubiese al fin sucumbido.
- PAULA. . . . ¿Y no tenemos vergüenza?
¡Tanto que hemos trabajado
por lograr... y ni por esas!
Es mi niña escrupulosa.
- ISABEL. . . . Quizá obstinada y soberbia.
Nadie á la mansa ovejita
le saca de la cabeza
los puntos de honra que tiene.
No hay que tocarle esa tecla.
Con el decoro, y buen nombre,
y la dignidad á cuestras,
nuestros mejores proyectos
ha echado siempre por tierra.
- PAULA. . . . Es claro, teniendo un padre
de rectitud tan severa,
una hermana que no acude
nunca á torneos ni fiestas,
de carácter inflexible,
poco expansiva, aunque buena,
di, ¿qué puede hacer la niña
que se formó en tal escuela?
Válgale yo, que suavizo
tanto rigor y aspereza.
Lo que es por mí, bien podría...
Pero no quiere ¡tontuela!
- ISABEL. . . . Sin embargo, no he perdido
la esperanza de vencerla.
- PAULA. . . . Ni yo tampoco. (*Transición*) ¿Quién sale?
- ISABEL. . . . Será Beatriz
- PAULA. . . . No, que es ella.

ESCENA VII.

ISABEL y TERESA.

- TERESA... ¿Aun aquí?... Paula, examina
si ya mi hermana ha venido.
Sintiera que hubiese oído...
- PAULA... ¿Y si lo oye, qué?—Camina.
- TERESA... ¡Lo que has perdido, Isabel,
de no entrar!
- ISABEL... Me quedé aquí.
- TERESA... Charlando, ¿verdad?
- ISABEL... De ti.
- TERESA... ¿Y de nadie más?
- ISABEL... De él.
- TERESA... ¡Zalamera! (*transición*). ¿Y no has oído
desde aquí la serenata?
¿Por quién sería?
- ISABEL... ¡Qué ingrata!
- PAULA... ¿Es que no le has conocido?
- TERESA... De él la voz me pareció;
pero es que nunca hizo tal.
- ISABEL... Es Gonzalo muy cabal.
- PAULA... Otro mejor no vi yo.
- TERESA... Pero, vamos, ¿quién diría
que un pensamiento tan malo
hoy tuviera don Gonzalo?
- ISABEL... ¿Tan malo, Teresa mía?
- TERESA... Mucho.
- ISABEL... Y sin embargo de ello,
dí, cuál de vosotros tres
le oyó con más interés.
- TERESA... ¿Quién no escucha un cantar bello?
¡Y en qué ocasión! Cuando estaba
Rodrigo con más calor
leyendo que Doña Flor
á D. Florian aguardaba;
y que éste cabe la reja
de su amada, dó florece
un rosal que el aura mece,
suspira lánguida queja.
Entonces ¡extraña cosa
que de asombro nos llenó!
en la calle resonó
una música armoniosa.
Y una voz con tal afán
vibraba y con tal dulzura,
que...
- ISABEL... Dejásteis la lectura.
- TERESA... Ya se ve.
- ISABEL... Por don Florian
verdadero y no fingido,
como el don Florian aquél.

- TERESA... . ¡Qué empeño el tuyo, Isabel!
- ISABEL... . ¡Y tú qué poco sentido!
- TERESA... . No sé, Isabel, qué mal hice.
- ISABEL... . No agradecer tanto amor.
- TERESA... . ¡Ay, Isabel! Por favor
compadece á una infelice.
- ISABEL... . (*Aparte*) ¡Hola! Infeliz ya se llama
y desea compasión.
No hay duda, su corazón
va á amar pronto, si ya no ama).
¿Tú infeliz? No sé por qué
á ti misma engañar quieres.
¿Acaso adorada no eres
cual nunca nadie lo fué?
¿Acaso?...
- TERESA... . Por eso mismo
soy infeliz.
- ISABEL... . ¿Entre amores?
- TERESA... . ¡También por senda de flores
llegar pudiera... á un abismo!
- ISABEL... . Si acaso, niña hechicera,
al abismo delicioso
de los brazos de un esposo
que con delirio te espera.
- TERESA... . ¡Quita allá! ¡Qué pensamiento
tienes tan original!
- ISABEL... . ¿Hay cosa más natural
que amor traiga el casamiento?
- TERESA... . Tal no pienso.
- ISABEL... . Si tú no,
otro lo piensa por ti.
- TERESA... . ¡Qué desatino! Por mí,
sólo puedo pensar yo
y nadie más.
- ISABEL... . Inocente
palomilla, no conoces
del amor los suaves goces.
- TERESA... . Ni quiero estar al corriente
de ellos.
- ISABEL... . Ya verás cuán presto
tu amante primo Gonzalo...
- TERESA... . Calla por Dios, que está malo,
malísimo todo aquesto.
- ISABEL... . La tempestad va á pasar
muy pronto, porque María
ya se casa cualquier día,
y sola vas á quedar.
Libre entonces de su enojo
serás dueña de tu casa,
tendrás libertad sin tasa
y obrar podrás á tu antojo.
- TERESA... . Isabel, ¿estás en ti?
Dime, ¿qué locura es esa?
(*Con dignidad*) Aunque pudiera, Teresa
nunca se portara así.
Olvidas ya que mi padre...

ISABEL. . . . En ti su confianza ha puesto.
 TERESA. . . . Te engañas tambien en esto;
 vigila aún más que una madre.
 ISABEL. . . . Siempre es hombre, y no hay temor...
 TERESA. . . . De que nadie se la pegue;
 no hay cariño que le ciegue
 en cuanto mira al honor.
 Hoy, hoy mismo... (*Mirando en direccion á su
 cuarto*) ¿Pero quién...?

ESCENA VIII.

Las mismas y RODRIGO.

RODRIGO. . . ¿Teresa? ¡Ay de mí! ¿Hermanita?
 TERESA. . . . ¿Qué pasa? ¡Virgen bendita!
 ISABEL. . . . ¿Qué será?
 TERESA. . . . Cuéntalo, vén.
 RODRIGO. . . (*Acercándose*) No puedo. A mi padre vi.
 TERESA. . . . ¿Dónde?
 RODRIGO. . . . En la calle está hablando
 y grande enojo mostrando.
 TERESA. . . . ¿Habla con Gonzalo?
 RODRIGO. . . . Sí.
 TERESA. . . . ¿Y qué le dice?
 RODRIGO. . . . Estará
 reprendiéndole.
 TERESA. . . . Temia
 que esto nos sucederia.
 ISABEL. . . . Calla, que nada será.
 TERESA. . . . ¿Te vió, hermano?
 RODRIGO. . . . Oyó mi voz.
 Con Gonzalo hablando estaba,
 el cual su pecho desahogaba
 conmigo, cuando...
 TERESA. . . . ¡Es atroz!
 ¿Y entendió vuestras razones
 mi padre?
 RODRIGO. . . . Seguramente.
 TERESA. . . . ¿Pues qué dirá ¡Dios clemente!
 de tan indignas pasiones?
 ISABEL. . . . De tan puro y noble amor
 tu padre ¿qué ha de decir?
 Con el alma bendecir,
 por tanta dicha, al Señor.
 María va á dar su mano
 á un cumplido caballero;
 cuando á tí un rico heredero
 tan noble como cristiano
 consagra su afecto leal
 y ser tu esposo desea.
 ¿Hay algo aquí que no sea
 grato al pecho paternal?
 TERESA. . . . ¡Cuán ciega estás! Es que ignoras...

- ISABEL. . . . ¿Qué importa? Estamos aquí para ayudarte.
- PAULA. . . . *(Entra por el foro)*. Y á mi me tendréis á todas horas. Tu padre te está llamando. Vé, y no temas, ángel mio. *(Sale Teresa por el foro)*.

ESCENA IX.

RODRIGO, ISABEL y PAULA.

- ISABEL. . . . ¡Válgame Dios, y qué lio!
- PAULA. . . . Ya se irá desenredando.
(Transición).
- RODRIGO. . . . ¡Pobre Teresa!
- ISABEL. . . . ¿Por qué?
- RODRIGO. . . . Porque muy cara le cuesta la estimación de su primo.
- PAULA. . . . Si ella fuese más resuelta...
- ISABEL. . . . Pronto va á quedarse sola en casa, y despues...
- RODRIGO. . . . Muy dueña será de hacer lo que guste.
- PAULA. . . . ¡Um! Me temo...
- ISABEL. . . . Nada temas.
¿No estamos aquí los tres apercibidos de veras á revolver todo el mundo en obsequio de Teresa?
- RODRIGO. . . . Y Beatriz...
- ISABEL. . . . Tienes razon: contamos tambien con ella, y veremos quién resulta vencedor en tal empresa.
- RODRIGO. . . . Nosotros. ¿Pues quién lo duda?
- PAULA. . . . Haga el Señor que así sea. Pero..., la verdad, sospecho...
- ISABEL. . . . Acaba, di, ¿qué sospechas?
- PAULA. . . . Sospecho yo que su padre ha resuelto... Yo quisiera engañarme; pero...
- ISABEL. . . . Acaba, y di pronto lo que sépas.
- PAULA. . . . Así que case á María sacar de casa...
- ISABEL. . . . ¿A Teresa?
¡Qué desatino! ¿Y tú sabes en dónde quieren ponerla?
- PAULA. . . . De educanda en un convento.
- ISABEL. . . . ¿Y solo el padre se queda?
- RODRIGO. . . . No creo yo que mi padre de mi hermana se desprenda. ¿Te parece, Paula, si podría vivir sin ella?

- PAULA Si lo ha resuelto, no dudes
que lo cumplirá á la letra;
sobre todo si, cual creo,
lo hace caso de conciencia.
- ISABEL Mucho lo dudo. Si alguno
(dirigiéndose á Rodrigo)
á vuestro padre consuela
y temple sus amarguras
y su ancianidad alegre,
no es Maria, ciertamente,
ni eres tú, aunque mucho os quiera,
sino...
- RODRIGO Es verdad. Mi hermanita,
siempre fué la predilecta
de mi padre.
- PAULA Pues por eso
que la ama tanto, la cела
en extremo, y... ya vereis
como en un claustro la encierra.
- ISABEL Y aunque así fuese, ¿qué importa?
- RODRIGO ¡Ay de mí, si tal hiciera!
- ISABEL Todo es en vano, Rodrigo,
cuando se quiere de veras.
El amor sabe romper
las cerraduras y puertas;
para el amor no se hicieron
celosias ni cadenas.
- PAULA Pero es la niña tan dulce,
es tan mirada, tan buena,
que me temo que á su padre
en nada oponerse quiera.
- ISABEL Ama á D. Gonzalo, y quien
ama, cual sabe Teresa,
¿quieres que deje, cobarde,
del amor las glorias ciertas?
Ya lo veremos.
- PAULA Y pronto.
- RODRIGO Callad, callad. Pues dijera...
- ISABEL Vienen, sí.—Me voy, que es tarde.
- PAULA y RODRIGO. Pues adios.
- ISABEL (Al irse). Estad alerta.

ESCENA X.

RODRIGO, PAULA y TERESA, que aparece por la puerta del foro.

- PAULA ¡Gracias á Dios, niña mia!
Cuéntanos lo que ha pasado.
- RODRIGO . . . Dime, ¿está muy enojado?
- TERESA Sí, mucho.
- PAULA ¿Y qué te decia?
- TERESA Callad; dejadme sentar.
(Siéntase, haciendo lo mismo Rodrigo y Paula).
- PAULA (Contemplándola con interés).
Descansa, tienes razon.

- ¡ Ay, Dios mio, y qué amarillas
están tus frescas mejillas!
¡ Hija de mi corazon !
- RODRIGO . . . ¿ Qué pasa ? ¿ Te sientes mal ?
TERESA . . . ¡ Sentirme mal ! No, Rodrigo;
antes mil veces bendigo
aquesta escena fatal.
- PAULA . . . ¿ La bendices ?... ¡ Cosa extraña !
TERESA . . . La bendigo agradecida,
cual se bendice la vida.
- PAULA . . . Tu mismo dolor te engaña.
La tempestad pasará.
- TERESA . . . Esto, Paula, me consuela.
Sabe Dios cuánto lo anhela
mi pecho.
- PAULA . . . No tardará.
- RODRIGO . . . Y vendrán dias mejores
despues de tantos afanes.
- PAULA . . . Ni te faltarán galanes,
juegos, músicas y amores.
- TERESA . . . ¿ Amores ?... Si, los desea
este corazon ardiente...
¿ Donde está de amor la fuente
en que saciado se vea ?
- PAULA . . . ¿ Dónde está ? Paciencia tén.
No entiendo yo de esas cosas;
eso las niñas hermosas
como tú , lo saben bien.
En un alma enamorada
y tierna tú lo hallarás...
Acaso muy cerca estás
de encontrarlo.
- TERESA . . . *(Con ingenuidad)*. No sé nada.
- PAULA . . . Don Gonzalo...
- TERESA . . . Me profesa,
ya lo sé, un amor profundo.
¿ Pero qué ?
- PAULA . . . ¿ Y hay en el mundo
mayor ventura, Teresa,
que ser amada y amar ?
- TERESA . . . ¿ Correspondes á tu primo ?
Sabes ya cuánto le estimo;
pero... no lo sé explicar.
Le amo, sí, ¿ quién ya lo ignora ?
Mi pobre padre imagina
que ese amor me desatina
y me distrae en mal hora.
Harto me dió á comprender,
aunque con breves razones,
que en tales suposiciones
fundado...
- PAULA . . . ¿ Qué quiere hacer ?
- TERESA . . . No sé; dijo que María
va á dejarnos prontamente,
y que el previsto incidente
mucho por mi lo sentia.

- PAULA . . . ¿ Por tí ?
TERESA . . . Si, y luego añadió
que entonces mejor me fuera
que en un claustro me metiera.
- PAULA . . . ¿ Para monja ?
TERESA . . . No, eso no;
sino para completar
mi educacion y enseñanza.
- PAULA . . . Pues, niña, no se me alcanza
qué te pueden ya enseñar.
Todo eso... ya lo veremos.
¿ Verdad, Rodrigo ?
- RODRIGO . . . ¡ Ay, de mí !
¿ Qué vamos á hacer sin tí ?
PAULA . . . ¡ Oh ! Todos nos opondremos.
Y si, al fin, allá te vas,
no por eso... yo lo juro:
ya puede estar bien seguro
don Gonzalo...
- TERESA . . . ¿ Callarás ?
PAULA . . . Ese amor, dime, ¿ no llena
y satisface tu alma ?
- TERESA . . . No, pues me roba la calma
del corazon, que es tan buena.
Cuanto más por ese amor
sin tino llevar me deajo,
conozco que más me alejo
de una paz toda interior.
Confieso que me divierte
ese infeliz amor mio;
pero ¡ Jesús, qué vacío
el alma á solas advierte !
- PAULA . . . Deja pueriles temores
de inocente sencillez.
Es dichosa la embriaguez
causada por los amores.
- RODRIGO . . . ¡ Beatriz !
TERESA . . . ¡ María !
(*Aparecen por la puerta de la habitacion de María.*)
- PAULA . . . (*Aparte.*) ¡ Valor !
que á tu lado estamos, niña;
si te riñe, que te riña).
- RODRIGO . . . ¿ Vamos ? (*á Paula.*)
PAULA . . . Será mejor.
(*Se van por la puerta del foro.*)

ESCENA XI.

TERESA, MARÍA y BEATRIZ.

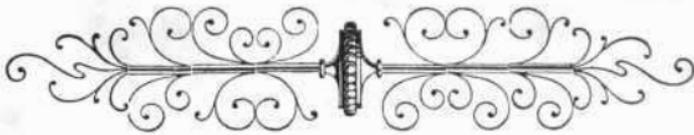
- TERESA . . . Creí te habias marchado (*á Beatriz.*)
BEATRIZ . . . Como prisa no llevaba,
aquel tu libro hojeaba.
TERESA . . . ¿ Te gusta ?

- BEATRIZ... (*Con sentimiento*). ¡ No está acabado !
MARÍA... Se fueron ¿ eh ? ¿ Es que se asustan ?
Esa Paula... Ese Rodrigo...
¡ Qué cabezas tan... Conmigo
de meter baza no gustan.
- BEATRIZ... Son más alegres, y... vamos,
tu seriedad les impone.
- MARÍA... Lo que hay es (Dios me perdone)
que obran mal, muy mal, ¿ estamos ?
- BEATRIZ... (*Burlándose*). ¿ De veras ?
MARÍA... (*Muy seria*). Y tan de veras
que dentro poco veremos
dónde llevan los extremos
de esas cabezas ligeras.
- BEATRIZ... Todos no pueden tener
la seriedad de María.
- TERESA... Pues yo la envidio, á fe mia.
- BEATRIZ... ¿ Quieres callarte, mujer ?
¡ Si supieras el hechizo
de tus sonrisas de miel !
Darías gracias á Aquel
que tan alegre te hizo.
- MARÍA... ¿ También tú ? (*Reprendiéndola*).
TERESA... (*A María, por Beatriz*). No le hagas caso.
Está de broma Beatriz.
- MARÍA... Y á ti te hacen infeliz
con su entendimiento escaso.
- TERESA... No temas, María.
- MARÍA... No,
no temo sino por ti.
¿ Quién nunca te quiso, dí,
como te he querido yo ?
- TERESA... Es verdad.
- MARÍA... Por eso al ver
como se acerca el momento
de separarnos, me siento,
Teresa, desfallecer.
- TERESA... ¡ Hermana mia ! No digas
eso, que me haces llorar...
- MARÍA... Mucho te podrán amar
tus parientes, tus amigas,
tus primos; pero tu hermana...
- TERESA... Calla ya... ¡ Jesús, qué día
tan malo es éste, María !
- MARÍA... Más malo será mañana.
- TERESA... ¿ Porque te casas ?
- MARÍA... No es esa
la razon. Porque yo al ir...
- BEATRIZ... (*Enojada*). Ya se lo puedes decir.
- MARÍA... Van á encerrarte, Teresa.
- TERESA... Ya lo sé. Perfectamente
me vendrá tan buen retiro.
Hace dias que... suspiro
por algo... que el alma siente.
Allí podré...
- BEATRIZ... (*Aparte*). ¡ Pobrecilla !

- Alli le podrás amar,
y ver, si quieres, y hablar...)
- MARÍA. . . . Instruirte á maravilla.
Doncellas hay principales
que alli se están educando.
¡Cómo te están esperando!
- BEATRIZ. . . (*Aparte*). (Claro; con ansias mortales).
- TERESA. . . . ¿Me esperan? ¿Lo saben ya?
- MARÍA. . . . Si, todo está prevenido.
¡Qué! ¿Nuestro padre querido
podria dejarte aca,
sola, en medio de ocasiones,
de lazos y de arterias?
Sola, di, ¿cómo podrias
vencer tantas tentaciones?
Teresa, el mundo es muy malo.
- TERESA. . . . Es verdad. A ver si alli
hallo la paz ¡ay de mi!
- BEATRIZ. . . (*Aparte*). (La hallarás en don Gonzalo).
- MARÍA. . . . Te envidio, niña inocente.
- BEATRIZ. . . (*Aparte*). (¿Pues por qué te casas?)
- MARÍA. . . . Pero
lloro cuando considero
que voy á estar de ti ausente.
- TERESA. . . . Vendreis á verme, ¿verdad?
y os diré cuanto me pasa.
- MARÍA. . . . En aquella santa Casa
vas á hallar felicidad.
- BEATRIZ. . . . Vendremos, si, tus dolores
á calmar, niña hechicera,
y á ver trocada en hoguera
la llama de tus amores.

PERSONAS DEL SEGUNDO CUADRO.

TERESA, SOR MARÍA (30 años); ELENA (15 id.), ISABEL.



CUADRO SEGUNDO.

Sala de labor, en el convento de Nuestra Señora de Gracia. Cuadros piadosos colgados en las paredes. Muebles sencillos y severos. Puertas, una en el foro y otra á la derecha. Teresa, en traje de educanda, está bordando inclinada sobre un bastidor.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, *sola, dando el último punto y soltando la aguja.*

¡Gracias á Dios... Descansemos.
No creí que acabaría
esta pieza en todo el día...
¡Cuándo nosotras queremos!
(*Contemplando la labor detenidamente*).
Y, vaya... quedó tal cual;
salió bien esta azucena...
A ver si esta vez Elena
me dice que «tarde y mal.»
Va á asombrarse cuando fije
su vista en el bastidor,
y acabada la labor
vea, como le predije.
Sor María va á quedar
satisfecha, estoy segura :
¡ con qué sonrisa tan pura
me lo sabrá demostrar !
Es verdad que he procurado
ni un solo instante perder;
sólo Dios puede saber
todos los puntos que he dado.
Trabajar sin inquietud
ni torcedor en la mente,
es una dicha inocente,
es practicar la virtud.
No, las piezas anteriores

no las terminé tan presto;
sueño cobarde y funesto
me envolvía en sus horrores.
Presa de temores vanos
y de inútiles zozobras,
parecía que mis obras
se durmiesen en mis manos.
Faltábame la profunda
paz del alma... que ya encuentro;
dichosa paz, que del centro
del alma al cuerpo redunda.
¡Qué ardiente solicitud
por contentarme mostraban!
A una todos conspiraban
contra mi débil virtud.
¡Qué mucho que á Satanás
me llevase el mundo ciego!
¿No estaba yo (lo vi luego)
más ciega que los demás?
Dios le perdone á Beatriz
sus cariñosos antojos,
al meterme por los ojos
medios de hacerme infeliz.
Lo mismo que esta Isabel...
¡Qué empeño el suyo ¡ Dios mio!
aumentar mi desvario
hablándome siempre de él!
Cartas, obsequios... de fuera
recibiendo á cada instante,
iba mi mal adelante,
sin advertirlo siquiera.
Pero Dios, de mi desgracia
ha tenido compasion,
y ha alumbrado mi razon
con las luces de su gracia.
El ha puesto cabe mí
de virtud claros espejos;
y á sus celestes reflejos
¿quién, mi Dios, no te ama á tí?
Humildes y silenciosas,
siempre con Dios platicando,
¡cuánto me van enseñando
estas santas Religiosas!
¡ Sor Maria ! ¿ Dó hallaria
ángel de tanta bondad?
Robó ya mi voluntad
la angelical sor Maria.
¡Cuán suave, dulce, serena
y blanda es su condicion!
Ella es toda corazon,
como me decia Elena.
¡ Otra que tal ! Nunca vi
amiga tan cariñosa.
Aun no bajó. ¡ Extraña cosa
que Elena ya no esté aquí!
¡ Ah ! Ya decia...

ESCENA II.

TERESA y ELENA.

- ELENA Está claro :
¿ dónde puede estar Teresa
sino trabajando siempre
con el bastidor á cuestas ?
- TERESA Pues siento decirte que
te engañas, querida Elena.
Ya ves... Mano sobre mano
me estaba; cual si no hubiera
nada que hacer.
- ELENA Mirar quiero
los grados de tu pereza.
(*Acércase al bastidor y examina el bordado*).
¡Hola! ¡hola! No sabia
que tanta gracia tuvieras.
¿Con qué, mano sobre mano,
has acabado la pieza ?
- TERESA Nada hacia cuando entraste.
- ELENA ¿Para qué si estaba hecha ?
¡Bendito Dios, que te ha dado
esas manos de princesa !
¡Jesús, qué lindas salieron
las flores de esta cenefa !
¡Cómo brillan las orolas
entre las hojas pequeñas !
¡Qué buen gusto se vé en todo,
qué primor, cuanta limpieza !
Dime, serafin del cielo,
quién esas cosas te enseña ;
porque, vamos, Sor Maria,
por habilidad que tenga...
- TERESA ¡Jesús mio, qué muchacha
tan exagerada es ésta !
Cualquier cosa siendo mia
le parece...
- ELENA (*Con intencion*) Y es muy buena.
Aunque te enfades, señora,
la verdad diria mi lengua.
- TERESA Pero tu mismo cariño
te engaña.
- ELENA (*Bromeando*) ¿Si? ¿Va de veras ?
No, no perdono al cariño
malicia tan manifiesta.
- TERESA Estás donosa en extremo.
¡Pero que holganza es la nuestra !
- ELENA Descansa, niña, descansa,
que no eres ninguna negra.
Cuando venga Sor Maria
verás como boba y ciega
se va á quedar.

- TERESA . . . Es que tengo
aun de bordar otra pieza
más costosa y más difícil
que las demás.
- ELENA . . . ¿ Otra nueva ?
Está el *amito*, la *estola*,
los *corporales*, la *hijuela*;
está el *lababo*... ¿ qué más ?
¡ ah ! el *alba*, que es cosa buena,
varios *purificadores*...
¿ Qué falta ya ?
- TERESA . . . Pues te dejas...
- ELENA . . . ¿ Qué me dejo ?
- TERESA . . . La casulla.
- ELENA . . . ¡ Válgame santa Quiteria !
Imagino que á este paso
hasta bordarás la iglesia.
- TERESA . . . No sabes con cuanto extremo
estas labores me alegran.
Aunque el obsequio es mezquino,
la voluntad no es pequeña ;
y el Señor misericordioso
que nada sin premio deja
recompensará algún dia
de mis manos las ofrendas.
- ELENA . . . (*Sonriéndose*) ¡ Codiciosa !
- TERESA . . . (*Resueltamente*) Sin medida.
¿ De qué sirve la miseria ?
Aunque si franca he de serte,
sabe que sin otra espera
me cobro ya mis jornales
y con muy buena moneda.
- ELENA . . . No comprendo.
- TERESA . . . ¿ No comprendes ?
pues la paz dulce y serena
que mi corazón inunda
hace algún tiempo; las tiernas
ansias de amar á Jesús
cada dia con más fuerza;
esta alegría tan pura,
tan celestial que me llena
de no gustados deleites,
te parece, amada Elena,
que con todo esto no paga
el Señor mis imperfectas
y pobrísimas labores ?
- ELENA . . . No hay duda, la paga es buena.
- TERESA . . . ¡ Pues no ha de ser ! ¡ Oh Dios mio,
lo que yo sufrí ! ¿ te acuerdas ?
- ELENA . . . Es claro; no conocías
(si acaso, sólo por fuera)
lo que es convento de monjas.
- TERESA . . . ¡ Qué soledad, qué tristeza,
qué profundo desamparo,
qué oscuridad más inmensa
se apoderó de mi mente

al verme dentro estas rejas!
¡Y luégo pensar que acaso
no fueron mis diligencias
parte para encubrir bien
mis aficiones secretas!
¡Lo que yo sufrí con esto!
Y cual si esto poco fuera,
aun me persigue Isabel
con cartas y...

ELENA. . . . Se confiesa
vencida por tu constancia.
Anoche, á solas con ella,
me lo confesó.

TERESA. . . . El Señor
ilumine su conciencia.
(Se oye ruido de álguien que viene)
¿Será tal vez?...

ELENA. . . . Lo es sin duda.

ESCENA III.

ISABEL.—TERESA.—ELENA.

ISABEL. . . . ¿Estais solas? Pues yo os juro
que esto de veras me agrada.
¡Y qué es monja bien pesada
sor María!

ELENA. . . . De seguro
que es mayor tu ligereza.

ISABEL. . . . ¿Aun mayor? Afirmar es.

TERESA. . . . *(Disculpando)* Son muy ligeros tus piés.

ELENA. . . . Pero lo es más su cabeza *(por Isabel)*.

ISABEL. . . . Muchas gracias.

TERESA. . . . Claro está:

con tan poca cortesía
hablaste de sor María,
que...

ELENA. . . . *(Por Isabel)* A ver si así callará.

ISABEL. . . . *(Con afectada seriedad)*

Callemos, porque si no,
se enfadará doña Elena.

ELENA. . . . ¿Te parece cosa buena
hablar así? Mira, yo
consentirlo no sabré.

TERESA. . . . Ni yo tampoco; ¡jamás!
Difícilmente hallarás
alma tan rica de fe,
de virtud y de cariño.

¡Y cómo á su gran prudencia
une la amable inocencia
del más candoroso niño!

ISABEL. . . . Pero... vamos, la verdad,
aunque es muy buena, ¿qué quieres?
me causa hastio...

- ELENA. . . . Porque eres
indigna de su bondad.
- ISABEL. . . . Es que tenernos quisiera
tan sujetas como á monjas,
sin ver ni oír...
- ELENA. . . . ¿Las lisonjas
y los requiebros de fuera? .
- ISABEL. . . . No es eso. Sé que han venido
á visitarme, y que aquí
le dejaron para mí
algo que... no he recibido.
Sé también que sor María
recibió ayer un papel...
- ELENA. . . . ¿Que aun no ha entregado á Isabel?
- ISABEL. . . . Aunque mucho convenia.
Y sé, en fin, que muy alerta
todos mis pasos advierte.
Decid si esto no es la muerte,
ó cuando menos... su puerta.
- TERESA. . . . (Ap.) ¡Ay, qué locura le dió!
- ELENA. . . . (Ap.) (No, Teresa. Es que tal vez
con toda su pesadez
sor María la aplastó).
Di la verdad. Cuando así
sor María está celando,
¿es que advertió contrabando?
¿Es que sospecha de ti?
¿Es que entró por esas rejas
algo que no convenia?
Y si lo halló sor María
¿por qué, bobilla, te quejas?
- ISABEL. . . . Te juro...
- TERESA. . . . Por Dios, no jures.
- ISABEL. . . . Que sólo por hacer bien,
hice lo que hice.
- ELENA. . . . ¿Y por quién
eso hiciste?... No te apures.
- ISABEL. . . . ¡Apurarme! No, en verdad.
Pero... aguarda, por favor.
- TERESA. . . . A buscar nueva labor
salgo un momento. Esperad. (Váse).

ESCENA IV.

ISABEL y ELENA.

- ELENA. . . . (Acercándose más hácia Isabel).
Vamos, dime qué ha pasado.
- ISABEL. . . . Todo te lo contaré
en secreto, con tal que
lo guardes.
- ELENA. . . . Por de contado.
- ISABEL. . . . Debes saber, amigaíta,
que tiene Teresa un primo,

- buen muchacho, á quien estimo...
- ELENA. . . . Y él por tí se despepita.
- ISABEL. . . . Pues te equivocas. No es esa,
no, la madre del cordero.
Un rostro más hechicero
buscó el primo de Teresa.
- ELENA. . . . ¡Ya!
- ISABEL. . . . Ella, sí, le tiene loco
á Gonzalo, guapo chico,
gallardo, noble y tan rico,
que cuanto dijera es poco.
Al encerrarse ella aquí
¡figúrate su dolor!
Estaba que... Tanto amor
te juro que nunca vi.
Compasion llegó á inspirarme
tan extremado pesar,
y por su pena aliviar
con ella pensé encerrarme.
- ELENA. . . . *(Con ironia)* ¡Qué bondad!
- ISABEL. . . . Como otra cosa,
tiempo hacia, no anhelaron
mis padres, mucho alabaron
resolucion tan piadosa.
Aun mayor fué la alegría
de Gonzalo, pues de lejos
podria ver los reflejos
del astro que se escondia.
Y cuanto hiciera en favor
de Gonzalo, estando fuera,
hago aquí, mas de manera
que no adviertan mi labor.
¡Las tretas que yo imagino!
¡Los recaudos que le llevo!...
¡Y ella sin morder el cebo!
- ELENA. . . . *(Aparte)* ¡Tentar á un ángel divino!
- ISABEL. . . . Aun no perdía del todo
la esperanza de vencer
á quien... no será mujer,
ó no es formada del lodo.
Pero, amiguita, ¡imposible!
con la monja que (¿habrá vieja?)
ni á sol ni á sombra nos deja.
¡Qué cosa más insufrible!
- ELENA. . . . ¡Calla ya! Pues de rodillas
la debieras adorar.
- ISABEL. . . . ¡Silencio! Y á trabajar,
que ella viene de puntillas.

ESCENA V.

ISABEL.—ELENA, *inclinadas sobre sus bastidores*.—SOR MARÍA.

SOR MARÍA. ¡Gracias á Dios, que he podido
acabar con tal mareo !
Sólo, hijas mías, deseo
vivir ócultá en mi nido,
y no es posible á menudo. (*Pausa*)
Por veros llevaba priesa.
¿Qué tal, hijas? ¿Y Teresa?
¿Dónde está?

ELENA. . . . Acabó el escudo
y la cenefa de flores.

SOR MARÍA. ¿Todo?

ELENA. . . . Todo lo acabó,
y hace poco que salió
en busca de otras labores.

SOR MARÍA. Casi á creer me resisto
aplicacion semejante.

ELENA. . . . Verá usted cosa elegante.

ISABEL. . . . Más hermosa no la he visto.

SOR MARÍA. ¡Jesús, qué niña!

ELENA. . . . Al entrar
la encontré ya trabajando.
¿Qué digo yo? Descansando
estaba despues de dar
ella la última puntada.

SOR MARÍA. ¡Quién lo creyera!

ISABEL. . . . Sin duda,
su Angel custodio la ayuda;
y, es claro...

ELENA. . . . No extraño nada.

Porque tenemos en ella
mucho, Isabel, que aprender.
¡Con cuánto gusto ha de ver
el cielo un alma tan bella!

SOR MARÍA. Es buena, la pobrecita;
y vencidas tentaciones
obtiene preciosos dones
de la piedad infinita.
Generoso es por demás
Nuestro Señor, hijas mías,
y en amorosas porfias
nunca se quedá detrás.
A mi ver, lo que en Teresa
más al Señor enamora,
lo que la hace vencedora
en espiritual empresa,
es su corazon no estrecho
rebotando gratitud;
fuente es de toda virtud

el agradecido pecho.
Nunca el donante se olvida
de quien sabe agradecer,
y á todos causa placer
alma que es agradecida.

ELENA. . . . ¿Y por eso ella merece
ser amada con exceso
de todo el mundo?

SOR MARÍA. Por eso,
porque todo lo agradece.

ISABEL. . . . (*Aparte*) (No hablara así don Gonzalo).

ELENA. . . . ¡Qué niña! Cual Angel bueno
me inspira amor á lo bueno
y horror inmenso á lo malo.

SOR MARÍA. La verdadera amistad
lleva á Dios y en El estriba.

ELENA. . . . Nunca, por mucho que viva,
podré olvidar su bondad.

ISABEL. . . . ¿Sólo de ella has de acordarte?
¿Y de la Madre? ¿Y de mi?

ELENA. . . . Ahora no se habla de ti.
Cuida sólo...

SOR MARÍA. De enmendarte.

Porque, hija mia, repara
que Dios lo ve y sabe todo;
por lo cual, obra de modo
que Dios no te lo eche en cara.

¡Qué dicha será la mia
si las que aquí nos amamos
en el cielo nos juntamos!

ELENA. . . . ¿Y por qué no, sor Maria?

SOR MARÍA. ¡Qué dicha, brillar allí
puras, lucientes y bellas
cual celestiales estrellas!

ELENA. . . . ¿Cómo estrellas, Madre?

SOR MARÍA. Si.

Pasarán siglos y edades
y su luz no apagarán;
á su lado rodarán
perpetuas eternidades;
y siempre, siempre...

ISABEL. . . . Me gusta

el parecerme á una estrella.

SOR MARÍA. Pues si quieres ser cual ella,
empieza á ser alma justa.

¿Qué digo yo? Acá en el suelo
el alma que es inocente
es ya estrella refulgente
antes de subir al cielo.

Escuchad. Durante el sueño,
una noche yo advertí
que descendía hácia mi
una estrella.

ISABEL. . . . ¡Hermoso ensueño!

ELENA. . . . ¿Acaso fué una vision?

- SOR MARÍA. No lo sé. La luz aquella
vino á entrar como centella
dentro de mi corazon.
- ELENA. . . . Este caso me interesa.
¿Cuándo fué eso, sor María?
- SOR MARÍA. La noche del mismo día
en que vino aquí Teresa.
- ISABEL. . . . ¡Cosa extraña!
- ELENA. . . . ¡Prodigiosa!
No hay duda: usted no soñó;
De Teresa el alma vió.
¿Hay estrella más hermosa?
- SOR MARÍA. Callad. ¡Ya decia yo
que mucho tardaba! ¿Niña? (*Llamando*)
- TERESA. . . . (*Apareciendo con la labor en la mano*).
Por Dios, Madre, no me riña.
- SOR MARÍA. ¿Reñirte, hija mia? No.

ESCENA VI.

ISABEL.—ELENA.—SOR MARÍA.—TERESA.

- SOR MARÍA. Vamos, siéntate á mi lado.
- ISABEL. . . . (*Con despecho*). ¡Siempre lo mismo!
- SOR MARÍA. Porque...
- ¿Te piensas que no lo sé?
- ELENA. . . . Lo tiene muy bien ganado.
- TERESA. . . . (*Aun de pié*) ¡Dios mio! Tanta bondad
me confunde, amada Madre.
- ELENA. . . . Aunque á tu humildad no cuadre...
- TERESA. . . . ¡Si aun no sé qué es humildad!
- SOR MARÍA. Si sabes obedecer,
sabrás mucho, y sin trabajo;
que la obediencia es atajo
para muy pronto obtener
toda virtud. Porque ¡cuántas
almas sólo obedeciendo
fueron subiendo, subiendo
hasta llegar á ser santas!
A ver, pues, cuál de vosotras
tambien lo alcanza.
- ISABEL. . . . Es ya tarde.
- SOR MARÍA. Lo es para el alma cobarde.
- ELENA. . . . ¿Pero ser santas nosotras?
- SOR MARÍA. Pues sabed que el otro día
uno de los caballeros
que aquí vinieron á veros,
dijo...
- ISABEL. . . . ¿Lo qué?
- SOR MARÍA. Que seria
una de vosotras santa.
- TERESA. . . . (*Con naturalidad y profundo gozo*).
¡Qué dicha! ¿Si seré yo?

- SOR MARÍA. Tan formal lo aseguró,
y su gravedad fué tanta,
que...
- ISABEL... (Sonriendo con aire de incredulidad).
¡Grandísima sorpresa
si fuera yo la escogida!
- SOR MARÍA. (Con severidad). Para salir en seguida
é ir á la Madre Abadesa,
que esto y... lo otro te dirá.
- ISABEL... (Ap.) ¡Qué pesadez! Voy corriendo. (Váse).

ESCENA VII.

SOR MARÍA.—TERESA.—ELENA.

- SOR MARÍA. ¿Cuándo se irá corrigiendo
esta niña? Perdi ya
la esperanza. Yo no sé
cómo no se ha despedido.
- ELENA... Sin duda se habrá sabido...
- SOR MARÍA. Todo descubierto fué.
- ELENA... (Ap.) ¡Pobre Teresa! ¡Y qué lazos
se tendieron á su alma!
Es envidiable tu calma,
Teresa mia.
- TERESA... En los brazos
de Jesús descanso, Elena.
- ELENA... Ya es hora de que en los cielos,
tras vientos, nubes y hielos
brille la estacion serena.
Pasó el invierno, querida,
como dice allá el Esposo.
- SOR MARÍA. Mas alerta, que el reposo
puede cesar en seguida.
Sosiégate, sin embargo;
porque, si es justo el Señor,
y no es corto en su rigor,
en compasion es más largo.
- TERESA... Gozo de tranquilidad:
pido á Jesús solamente
que á ilustrar venga mi mente
para hacer su voluntad.
Del mundo frivolo y necio
¿qué es lo que me importa á mí?
Como bien le conoci,
me inspira sólo desprecio.
Ser de Dios, pertenecerle
en cuerpo y alma: esto ansio.
- SOR MARÍA. A Jesús, Esposo mio,
así debes complacerle.
- TERESA... Está bien. Mas ¡ay! que apenas
me resuelvo á abandonar
la causa de mi penar.

- Aun estimo las cadenas
de mundana esclavitud.
- SOR MARÍA. Espera, ten confianza,
que Dios vendrá sin tardanza
á esforzar más tu virtud.
- ELENA. . . . (Ap.) ¡Tan grande fuese la mia!
Eso le pido yo al cielo).
- TERESA. . . . Es que inexplicable anhelo
me persigue todo el dia.
Sólo de Dios quiero ser,
y sin embargo, allá... lejos...
no sé qué vagos reflejos
me acobardan sin querer.
- SOR MARÍA. Son del mundo los vapores
que á tu vista el cielo empañan;
son ellos los que te engañan
fingiendo abismos de horrores.
Lo mismo, igual pasé yo.
(Recordando). ¡Dios mío, qué nube aquella!
Mas luego la oculta estrella
de mi vocacion brilló.
Fué entonces que mis oidos
esto oyeron asombrados:
«Son muchos, si, los llamados,
y pocos los escogidos.»
El Señor, que es justo y fiel,
¡qué premio habra y que corona
para aquel que lo abandona
todo, por servir á El!
- ELENA. . . . ¡Ay Madre! Calle por Dios,
que su acento de bondad
me daña, pero... es verdad...
- TERESA. . . . Nos hace bien á las dos.
Ser monja me parecia,
hace poco, un desatino;
del más seguro camino
de mi salvacion huía.
Pero ahora...
- ELENA. . . . También yo
mucho lo deseo, Madre.
- SOR MARÍA. Se opondria vuestro padre.
- ELENA. . . . Si el Señor lo quiere, no.
(Oyese una campanilla).
- SOR MARÍA. Me llaman. ¡Jesús me asista!
A ver las labores (*Examínalas*). Bien.
Hijas, Dios os guarde.
- ELENA Y TER. Amén.
- SOR MARÍA. Vuelvo tan pronto esté lista.

ESCENA VIII.

TERESA. — ELENA.

- ELENA. . . . No lo sé, mas me parece
que se trata de Isabel.
El golpe será muy cruel;
pero...
- TERESA. . . . *(Compadeciéndose)* ¿Es verdad?
- ELENA. . . . *(Con severidad)* Lo merece.
No vi igual atrevimiento
en mi vida.
- TERESA. . . . ¡Es tan ligera!
- ELENA. . . . Pues á correr irá fuera
dejando en paz al convento.
- TERESA. . . . De palomas blando nido,
donde tú reposarás...
- ELENA. . . . ¿Y tú no? ¿Dónde te irás?
- TERESA. . . . Elena, no me despido
de esta casa todavía.
Y cuando aquesto suceda
mucho me temo no pueda
dejar á ti y sor Maria.
No puedo en ello pensar.
- ELENA. . . . Y sin embargo, es tu anhelo
dirigir rápido vuelo
á más alto palomar.
- TERESA. . . . Ya lo sabes, tengo allí
una amiga...
- ELENA. . . . Y di, por Dios,
¿no tienes aquí...?
- TERESA. . . . A las dos,
á sor Maria y á ti,
ya lo conocéis, os amo
con verdadera pasión;
hermanas del corazón,
desde que os conozco, os llamo.
- ELENA. . . . Pero dejarnos deseas;
y, la verdad, yo no sé
cómo sufrirlo podré.
- TERESA. . . . ¿Dejaros yo? No lo creas.
¿Pero quién no va veloz,
cuando Dios le llama, á donde
le guía? ¿Quién no responde
del buen Jesús á la voz?
- ELENA. . . . Pues, mira, mis oraciones
serán para que te quedes.
- TERESA. . . . A ver si alcanzarlo puedes
del Rey de los corazones.
¡Con cuánto placer al lado
de Elena y de sor Maria
mi existencia pasaria,
si lo quiere nuestro Amado!

Pero quizás á otra parte
me llame.
SOR MARÍA. (*Llamándola desde dentro*) Teresa, vén.
TERESA. . . ¿Oíste?
ELENA. . . . La Madre es quien
te llama.
TERESA. . . . Voy á dejarte (*Váse*).

ESCENA IX.

ELENA, *sola*.

Marcha, niña angelical.
¿Por qué hube de conocerte,
si, no hay duda, he de perderte,
y muy pronto, por mi mal?
Días hace el corazón
me lo está diciendo á voces.
¡Ay, qué pasaron veloces
los días de nuestra union!
¡Qué candor! ¡Cuánta virtud!
¡Qué alma tan encantadora!
¡A qué pecho no escamora
tanta gracia y juventud?
En salud y enfermedad
muestra la misma alegría;
¿quién que está enferma diría?
Y sin embargo, es verdad.
Aquel júbilo constante
que desde sus claros ojos
desciende á sus labios rojos
é ilumina su semblante,
no ahuyentará, cual solía,
las sombras de mi tristeza.
¿Qué será de mi flaqueza
sin tal esfuerzo y tal guía?
Dando las mismas lecciones
y alzando igual oracion,
¡qué estrecha y dulce la union
de nuestros dos corazones!
Al pensar que pronto irá
lejos de aquí... casi lloro.
¿Dónde tan rico tesoro,
por mi mal, se esconderá?
¿Dónde colgará su nido
esta cándida paloma?
¡Dichoso el valle ó... la loma
que haya por suya escogido!...
Yo lo sabré; y si llevar
puedo adelante mi empresa...
¡Oh! ¡Qué ventura, Teresa,
poder tras de tí volar! (*Pausa*).
Esperemos: por ventura

algo la Madre me cuente.
¡Pues qué! ¿Acaso ella no siente,
por más que calle, amargura?
Hace unos días que advierto
cierta sombra en su semblante;
vá á hablar, y calla al instante,
cual si algo lleve encubierto.
Hoy su tardanza en venir,
y sus salidas frecuentes
son señales evidentes
de que algo aquí va á ocurrir.
La siento ya (*Mirándola*). Viene triste.

ESCENA ULTIMA.

ELENA. — SOR MARÍA.

SOR MARÍA. ¡Quedaste sola!
ELENA. . . . (*Con desconsuelo*) ¡Solita
me han dejado!

SOR MARÍA. No tan sola
como tú supones, hija,
teniendo, como bien sabes,
á un Angel por compañia.
¡Si tú supieras qué afecto
y tierno interés le inspiras!

ELENA. . . . Es verdad. Pero imagino
que mi Angel en este dia
pliega las cándidas alas
y la hermosa frente inclina,
oprimido de dolor,
viendo marchar...

SOR MARÍA. ¿Quién?
ELENA. . . . La amiga
de los Angeles. ¿Qué dije?
Por su gracia peregrina,
un Angel que acá nos vino,
en forma de hermosa niña.
¡Y hoy se nos va!

SOR MARÍA. ¿Quién te ha dado
tan pronto aquesta noticia?

ELENA. . . . Nadie y... todos. Me la dió
mi corazon, Madre mia;
me la dió usted, sin quererlo,
con su lánguida sonrisa;
me la dió el convento todo,
donde parece se eclipsa
la estrella de mi ventura.

SOR MARÍA. (*Enternecida*) Calla ya. ¡Jesús, qué niña!
Quién tiene á Dios ¿qué le falta?
Y aunque se salga tu amiga,
por recobrar la salud
que tiene un tanto perdida,

volverá aqui, Dios mediante,
y otra vez...

ELENA. . . .

Usted permita
que dude yo de su vuelta.
Pronto perderé de vista
la estrella en que usted soñó,
si, cual veloz cervatilla,
no corro tras de sus rayos.

SOR MARÍA.

¿Cómo lo haré, Madre mia? (*Llora*).
(*Enternecida*) Vaya, Elena. Sal, si quieres
despedirte; pero aprisa,
porque ha venido su padre
para tomarla en seguida.

ELENA. . . .

Salgo, si, á decir á Dios
á mi amiga queridísima;
Angel que extiende las alas
para subir más arriba.

SOR MARÍA.

¡Quién sabe!... Tal vez Jesús
una Esposa solícita
en quien mostrar la grandeza
de sus ternuras divinas.
Acaso... Pero salgamos,
que es tarde ya.

ELENA. . . .

(*Sollozando*) ¡Amiga mia!
¡Dulce Teresa! ¿Te vas,
y me dejas tan solita?

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.



PERSONAS DEL TERCER CUADRO.

TERESA.

ELENA.

JUANA (*intima amiga de Teresa*).

LEONOR (*sobrina*).

VARIAS RELIGIOSAS.

Pasa la accion en el convento de Nuestra Señora de la Encarnacion, de Avila.



CUADRO TERCERO.

Huerto-jardin de un convento, en último término, desde donde se sube por algunos escalones á la sala, que, separada del jardin por una balaustrada, se halla en primer término.—Puertas laterales.—Mobiliario severo.—Algunas parejas de Religiosas se están paseando por el jardin, platicando en silencio.

ESCENA PRIMERA.

SOR JUANA.—SOR ELENA, *las caules subiendo del jardin se sientan en un banco de la sala.*

ELENA. . . . Sentémonos aqui, Juana,
y podremos platicar.

Estoy cansada de andar.

JUANA. . . . Como tú quieras, hermana.

Hace un tiempo delicioso.

ELENA. . . . Y esta huerta es muy amena.

JUANA. . . . ¿Te gusta este campo, Elena?

ELENA. . . . Es muy grande y deleitoso.

Desde aqui tambien podremos
gozar de hermosura tanta.

¿No es verdad?

JUANA. . . . Cierto que encanta
el jardin que aqui tenemos.

ELENA. . . . No era tan grande el que habia
en el convento de Gracia.

JUANA. . . . Tuviera por gran desgracia
si un sitio así no tenia.

Porque, vamos, es verdad

lo que nos dice Teresa:

al espíritu embelesa

del campo la variedad.

Ver agua, campos y flores

es, dice, el libro mejor,

en donde del Criador

descúbreanse los amores.

Cuando allí estabais, ¿es cierto

- ELENA. . . . que ya el campo le gustaba?
¡Oh, lo que ella disfrutaba
en aquel pequeño huerto!
Recuerdo que sor María...
(¡qué mujer aquella, Elena!
¡qué alma tan pura y tan buena!
¡y lo que ella nos quería!...)
Recuerdo, entre otras cosas,
que, tras de mucho pedir,
nos concedió el perseguir
en el huerto mariposas.
Una, más veloz que el viento
en un rosal se posó...
¡La del humo! dije yo;
pero Teresa, al momento,
dando sus sencillas galas
al aire, halló la mariposa
en el cáliz de una rosa,
y la cogió por las alas.
En el hueco de su mano
presa: la tuvo un instante;
mas al ver su chal brillante
trocado en polvo liviano,
y al mirarla amortecida,
por no estar en su elemento,
la soltó; y cruzando el viento
recobró galas y vida.
¿La has soltado? dije yo.
Sí, me contestó Teresa;
no sufrí contemplar presa
á quien con alas nació.
Miré al alma, que nacida
para alzar sublime vuelo,
va arrastrando por el suelo
de vil esclavo la vida.
¿Y qué quieres? Fué una cosa
que me infundió dulce calma
ver, dijo, el vuelo de un alma
en el de una mariposa.
- JUANA. . . . ¡Siempre los mismos anhelos!
- ELENA. . . . Pero que creciendo van,
y que sólo cesarán
cuando vuele hasta los cielos.
- JUANA. . . . Si imagino que ya vive
vida del cielo en la tierra.
¡Qué tesoros su alma encierra!
¡Qué altos favores recibe!...
¿No sabes? Pero allá pasa
(Teresa y Leonor atraviesan el jardín).
con su sobrina Leonor.
- ELENA. . . . Y acá vienen.
- JUANA. . . . Si. ¡Qué ardor
divino el rostro le abrasa!

ESCENA II.

TERESA.—LEONOR.—ELENA.—JUANA.

- TERESA . . . ¡Hola! ¿Aquí estais?
- JUANA . . . Platicando
nos hemos quedado aquí.
- LEONOR . . . Lo pensaba; pues no os vi
en la huerta paseando.
- TERESA . . . *(Al sentarse)* Sentémonos un momento
con tan buena compañía.
Ven, Leonor. *(Le hace sitio)*.
- LEONOR . . . *(Distraída)* Ya venge, tía.
- TERESA . . . *(Cariñosamente)* Cerca de mí.
- LEONOR . . . *(Sentándose)* Ya me siento.
Bien se está aquí.
- ELENA . . . *(Tendiendo la vista)* Encantador
es aqueste panorama.
- JUANA . . . Para quien de veras ama
todo lo pinta el amor.
- TERESA . . . Y, claro está, como amais
vosotras con alma fiel
á Jesús...
- LEONOR . . . Con tal pincel,
de oro todo lo pintais.
- ELENA . . . Buena sobrina, muy buena
saldrá Leonor, si es que Dios
no lo remedie.
- LEONOR . . . Las dos
pedid al Señor, Elena,
que el remedio no me dé
para ese mal que imagina
tu celo; y de ser sobrina
yo no me avergonzaré.
- TERESA . . . ¿Pues no seréis habladoras?
Por Dios, no olvides, Leonor,
que se evapora el amor
con las palabras sonoras.
Si á esta soledad te trajo
Jesús misericordioso,
á solas con tal Esposo
olvida lo de acá abajo.
Deja complacencias vanas.
y en Dios absorta la mente
hallarás en El la fuente
de delicias soberanas.
- JUANA . . . *(Ap. á Elena)* (Volará la palomica).
- ELENA . . . *(Ap.)* (¿Cómo no, con tal maestra?)
- LEONOR . . . No temo, si usted me muestra
el camino...
- TERESA . . . Mortifica

- al principio todo impulso
de amor propio, y ya verás...
- LEONOR . . . ¡ Amor de Dios! Lo demás
todo me parece insulso.
Y usted, tía, cuando entró
en esta santa morada...
Nunca me ha contado nada
de eso.
- TERESA . . . ¿ Qué me sucedió ?
- ELENA . . . ¿ Qué había de suceder,
una vez logrado había
lo que tanto apetecía ?
Morirse ya de placer.
- TERESA . . . (*Sonriendo*) Aun viva estoy, por lo cual
no pasó lo que tu cuentas.
- ELENA . . . ¿ No ?
- TERESA . . . Conozco que me tientas,
y á pagar voy bien por mal.
- JUANA . . . Bendita la tentacion,
motivo de tal victoria.
- TERESA . . . ¡ Qué niñas sois!... (*Pausa*) La memoria
recuerda bien la impresion
triste de tales sucesos.
Pocas veces sufrí tanto...
Parecióme que el quebranto
descoyuntaba mis huesos.
- LEONOR . . . ¿ Qué sentia ?
- TERESA . . . Yo sentia
dejar mi querido padre,
pues ya sabes que mi madre,
tu abuela, ya no existia.
Y aquel amor, tan profundo
como tierno, en mí causó
lo que nunca consiguió
todo el prestigio del mundo.
- LEONOR . . . Que creo no anduvo escaso
de lisonjas para usted.
- ELENA . . . Peligrosa fué la red
que quiso impedirle el paso.
- TERESA . . . Aun mucho mayores fueron
de Dios las altas piedades ;
mis muchas iniquidades
el infierno merecieron.
- JUANA . . . Todas lo hemos merecido.
- LEONOR . . . ¿ Y duró mucho el dolor ?
- TERESA . . . Pasó muy pronto, Leonor,
al descansar en mi nido.
No me mintió la esperanza
dichas aquí y amor cierto ;
tras bravo mar hallé el puerto,
tras la tempestad, bonanza.
Descendió á mi corazon
ignorada dulcedumbre ;
me parecia en la cumbre
estar de nueva region.

- Los mas humildes quehaceres
de esta Casa yo anhelaba,
y en su ejercicio gozaba
de inexplicables placeres.
Limpiarlo todo, barrer
corredores, sala, alcoba...,
manejar la recia escoba...,
¡qué delicia! ¡qué placer!
¡Con cuánta felicidad
aquí pasé trabajando
las horas que, fuera estando,
consagré á la vanidad!
- JUANA. . . . Y es claro, tras las delicias
como siempre vas corriendo,
nos continuas sirviendo
aun á las mismas novicias.
- ELENA. . . . ¡Codicia extrema! ¿Qué extraño
que dé Jesús en reñirte?
- TERESA. . . . Y tú dés en divertirte.
- ELENA. . . . ¿ Por qué no ?
- TERESA. . . . Mas no haya engaño.
¿ Oyes, Elena ?
- ELENA. . . . Está bien.
- TERESA. . . . Aquí os quedais.
- LEONOR. . . . ¿ Tambien puedo
quedarme ?
- TERESA. . . . Sí.
- LEONOR. . . . Pues me quedo.
- JUANA. . . . Luego entraremos tambien.

ESCENA III.

LEONOR.—JUANA.—ELENA.

- ELENA. . . . ¡ Tan sencilla... y tan sublime !
¡ Tan cariñosa... y tan santa !
- JUANA. . . . De dia en dia me encanta
más y más.
- ELENA. . . . ¿ Acaso, dime,
puede haber un corazon
que no la ame, si la ha visto ?
- JUANA. . . . Yo creo que Jesucristo,
al ver tanta corrupcion,
le infunde ese hechizo suave,
siendo, por alta merced,
de los espiritus red.
- ELENA. . . . Y de corazones llave.
- LEONOR. . . . ¡ Cuántos abrió, con su acento !
- JUANA. . . . Y hasta con sus mismas cartas.
Conozco á personas hartas
que dan fe de tal portento.
Y no falta quien, si impura
tentacion le asalta, luego
apaga el maligno fuego

- con la sabrosa lectura
de cartas que ella escribió.
- ELENA. . . . De virginidad tesoro,
sabe convertir en oro
la escoria vil que tocó.
Desde que la conoci
en el convento de Gracia,
obró con tal eficacia
su alegre virtud en mí,
que tan sólo el pensamiento
de separarme yo de ella
me afligia.
- JUANA. . . . Fué la estrella
que te guió á este convento.
- ELENA. . . . Es verdad. Dios, como vés,
me tendió tan dulce lazo.
- JUANA. . . . Para gozar de su abrazo
las dos á un tiempo.
- LEONOR. . . . *(Rectificando)* Las tres.
Porque yo tambien... ¡Quién sabe
de esta infeliz qué sería,
á no ser mi amada tia !
¡Pobre de la frágil nave
en alta mar !
- JUANA. . . . Más ¡ dichosa
cuando descansa en el puerto ! *(Pausa)*
- ELENA. . . . *(Mirando al jardin)* ¿Lo veis? No queda en el huerto
ya ninguna religiosa.
- LEONOR. . . . Mi tia tampoco sale.
- JUANA. . . . Pues vayámonos, por fin.
- LEONOR. . . . Salgamos por el jardin.
- ELENA. . . . Como queráis.
- LEONOR. . . . Si, más vale.
(Bajan los escalones del jardin).
Así enseñaros podré...
- JUANA. . . . ¿ No lo sabeis ? *(Con misterio)*
¿ Qué ha pasado ?
- LEONOR. . . . ¿ Alguna flor ha brotado ?
- ELENA. . . . Sí, una flor; una flor fué.
- JUANA. . . . Pero tal vez no es del suelo.
- LEONOR. . . . Vamos, acaba, Leonor,
y enseñanos esa flor.
- JUANA. . . . Ya no está aqui, voló al cielo.
- LEONOR. . . . ¡ Bah ! *(Impaciente)*
- JUANA. . . . Os lo diré claramente.
- LEONOR. . . . Cuéntanoslo sin ficcion.
- ELENA. . . . Se trata de otra vision
que ha tenido...
- LEONOR. . . . ¡ Dios clemente !
- JUANA. . . . ¿ Cuando pasó ?
- LEONOR. . . . Pasó ayer.
- JUANA. . . . Cuenta, por Dios.
- LEONOR. . . . Pues salia
de aqueste sitio mi tia,
cuando vió...

ELENA. . . . ¿Qué hubo de ver ?

LEONOR. . . . Vió delante de sus ojos,
aun más blanco que el armiño,
a un hermosísimo niño,
que, abriendo sus labios rojos
y contemplándola amante,
dijo, con voz que embelesa:
«¿Cómo te llamas?»—«Teresa
de Jesús», ella al instante
contestó; y luego anhelando
saber cómo se llamaba
niño que así embelesaba,
gracias mil y mil mostrando,
le preguntó así, con priesa:
«Y, tú, niño, ¿quien ya amo,
¿cómo te llamas?»—«Me llamo,
dijo, Jesús de Teresa.»

ELENA. . . . ¡Alta vision!

JUANA. . . . ¡Deliciosa!

LEONOR. . . . ¿Después de esto qué paso?
Que Jesús desapareció
de la vista de su Esposa.

JUANA. . . . «¡Jesús de Teresa» quiere
llamarse nuestro buen Dios!

ELENA. . . . Su nombre unieron los dos.

LEONOR. . . . ¿Es que á todas la prefiere?

JUANA. . . . Digna es de ser preferida. *(Pausa)*
Mas quiero ver... y adorar
el ya bendito lugar
de esta vision.

LEONOR. . . . En seguida

lo vais á ver. Aquí está.

*(Guía á sus compañeras á un ángulo del huerto,
donde se supone que hay una puerta que comunica
con los claustros del convento. Sólo se ve Leonor,
que se queda vuelta de espaldas hablando con sus
compañeras.)*

ESCENA IV.

TERESA, sola.

(Mirando alrededor) ¡Pues no están ellas aquí!

¡Ah! sí. Allá abajo las veo.

Leonor les habla. Tal vez

les estará refiriendo...?

¡Esta niña!... Y la verdad
es que es un ángel. No menos
lo son las otras. ¡Qué joyas
en esta casa tenemos!

¡Qué flores tan delicadas
se abren á la luz del cielo!

Jesús, mi bien, debe holgarse,
cual divino jardinero,

en pasear por las sendas
de este jardín tan ameno,
aspirando mil aromas
de virtudes y de afectos.
Sólo yo, infeliz criatura,
soy planta que nunca medro,
mustia, seca, sin perfume,
sólo buena para el fuego.
¡Y pensar que no se pierde
por el dueño de este huerto!
¡Pensar que son indecibles
sus afanes y desvelos
para que el agua no falte
y sea continuo el riego!
¡Pensar que por todas partes
me están, Dios mio, envolviendo
las desbordadas corrientes
de tus favores excelsos,
sin que el ánimo mezquina
é ingratitud de mi pecho
basten á atajar la fuente
de tu amor, mi dulce Dueño!
Pobre y flaca mujercilla,
detrás de todas me quedo;
sólo no sufro me ganen
en amor y en los deseos.
¿Pero dónde están las obras?
¿Y qué empresas acometo?...
Espero poco de Dios,
y Dios me dá lo que espero.
Tan desmedidas ruindades
me infunden gran desaliento.
¡Oh, si Dios me castigara
como por ellas merezco!
Mas se aumentan sus mercedes
á medida de mis yerros.
Yo á hacer faltas, El á henchirme
de sus favores supremos.
De todas, esta es la pena
más delicada que siento;
no hay otra que así traspase
de mi corazón los senos. (Pausa)
De tan pobre gusanillo
tén piedad, oh Jesús bueno;
confía á más puras almas
de tu amor altos secretos.
Aun resuena dulcemente
de mi espíritu en el centro
aquella voz... sólo tuya
que ayer me dió tanto esfuerzo
al decirme estas palabras:
«Hija mia, no hayas miedo,
porque nadie ha de poder
separarte de mi pecho.»
Y como si fuera esto poco,

te vi entonces, dulce Dueño,
la mano derecha darme
y decirme al mismo tiempo:
« ¿ Ves este clavo? Yo en arras
de nuestra union te lo entrego.
Hasta el presente no habias
merecido tanto obsequio,
pero de aquí en adelante,
Esposa mia, yo quiero
que, como tal, por mi honra,
que es tuya, mires con celo.»
¡ Dios mio! ¿ Será posible
que de amor con tal exceso
trates á quien no merece
sino rigor y desprecio?
De tan subidas mercedes
¡ ay! me oprime el grave peso.
Ensancha tú mi bajeza,
porque si no... desfallezco.
¿ Cómo preciar ya del mundo
los desabridos consuelos
y el platicar enojoso
que engañada me tuvieron?
¿ Cómo andar desatinada
tras vanos contentamientos,
cuando sonar á menudo
oigo, Dios mio, tu acento?
Hace poco me digiste
estas palabras: « No quiero
que con los hombres más hables;
sino que (añadiste luégo)
quiero trates solamente
con los Angeles del cielo.»
¡ Oh! Finezas semejantes
me paran tal, que no acierto
á decir ni pensar nada
en mi dulce embobamiento.
Y me cojen de repente
tales impulsos secretos,
que, á mi pesar, resistirlos
no puedo, mi Dios... no puedo.
¡ Oh!... En la sala voy á entrarme.
Que nadie me vea, al menos.
Llamar queria á Leonor...
Pero... ¡ imposible! No quiero.
(Entrase por la puerta de la izquierda del espectador).

ESCENA V.

LEONOR—JUANA

(Las cuales, desde el ángulo del jardín donde estaban, se vuelven de cara y se encaminan á la sala, hasta quedar en el proscenio).

- ELENA. . . . *(Desde dentro)* A Dios, pues. Me voy arriba por el claustro. *(Váse por la puerta cerca de la cual se hallaba)*
- JUANA. . . . Elena, á Dios.
- Vámonos nosotras dos por aquí. *(Siéntanse en un banco del proscenio).*
- De que se escriba es digna merced tan alta.
- LEONOR. . . Tan sólo por obediencia lo hará.
- JUANA. . . . Grande penitencia merecería la falta de no contar los divinos favores que ella recibe.
- LEONOR. . . ¡Y lo veloz que ella escribe!
- JUANA. . . . Sus rasgos son peregrinos. Yo creo que un Angel guía su pluma. ¿Verdad, Leonor?
- LEONOR. . . Bañado de resplandor su rostro, la encontré un día mientras las líneas trazaba. Al contemplarla de lejos me creí que á los reflejos de aquella luz se quemaba.
- JUANA. . . . No extraño ya que suceda que leyendo sus renglones se abrasen los corazones en el fuego que allí queda. ¿Mas cómo puede escribir tan ocupada al hallarse? La plana habrá de quedarse mil veces sin concluir.
- LEONOR. . . ¿Y qué importa si al volver á su celda, vé acabada plana que dejó empezada?
- JUANA. . . . ¿Esto, Leonor, puede ser?
- LEONOR. . . Lo vi yo. Será sin duda que de Dios la omnipotencia, en premio de su obediencia, manda un Angel en su ayuda.
- JUANA. . . . ¡Qué prodigio! Mas se explica que los Angeles también traten y sirvan á quien sólo con ellos platica.
- LEONOR. . . Tienes razón. Ahora mismo no temiera asegurar que en la oración debe hallar

de dulzuras un abismo.

JUANA. . . . ¿Vamos á ver...?

LEONOR. . . . (*Mirando hácia la puerta de la izquierda del espectador*).
Viene Elena,
y tal vez...

ESCENA VI.

ELENA.—LEONOR.—JUANA.

ELENA. . . . ¿No lo sabeis?

LEONOR. . . . ¿Qué pasa?

ELENA. . . . ¡Se desmayó!

LEONOR. . . . } (*Muy tristes*) ¡Ay, Jesús!

JUANA. . . . }

ELENA. . . . Mas ya pasó.

LEONOR. . . . Pero...

ELENA. . . . Si, no os espanteis.

Está muy buena, mejor
que antes de lo sucedido.

JUANA. . . . No entiendo.

LEONOR. . . . ¿Pues qué ha ocurrido?

ELENA. . . . ¿Qué? Pregúntalo al amor

LEONOR. . . . ¡Ah! No come, no reposa,
no duerme, siempre velando,
siempre al Esposo aguardando...

ELENA. . . . Y Dios viniendo á su Esposa.

JUANA. . . . ¿Nuevo favor?

LEONOR. . . . ¿Es posible?

ELENA. . . . Nuevo favor, y tan nuevo
que á deciros yo me atrevo
parece cosa increíble.

LEONOR. . . . Cuenta, Elena.

ELENA. . . . Pues con priesa

iba el corredor cruzando;
mas sucedió que llegando
á la celda de Teresa,

hondos gemidos oí;
me detuve algun momento,
y conocí que el acento...

JUANA. . . . ¿Era de Teresa?

ELENA. . . . Sí.

LEONOR. . . . ¿Y entraste?

ELENA. . . . Estaba cerrada
la puerta; pero toqué;
volví á tocar, vano fué;
no me respondia nada.
Y como fuera creciendo
aquel profundo gemir,
resolví entonces abrir,
á ver qué estaba ocurriendo.
Abrí la puerta anhelante,
y ¡oh, qué cuadro miré yo!
Tanta luz me deslumbró

- los ojos; pero al instante miré, y vi cabe la mesa, lánguidamente inclinada, hermosa, transfigurada y palpitante, á Teresa; en tanto al lado derecho estaba un Angel gallardo blandiendo encendido dardo é hiriendo con él su pecho.
- LEONOR. . . ¡Ay, Dios mio! (*Con compasion*).
- JUANA. ¡Por piedad!
- ELENA. No temais, porque son estas señales bien manifiestas de la eterna caridad.
- LEONOR. . . Mas la herida...
- ELENA. No hay temor de que le dañe á Teresa. ¿Aun no adivináis que es esa la dulce herida de amor?
- JUANA. ¿Llora? ¿Suspira? ¿Se queja?
- ELENA. Se queja, y llora, y suspira...; Mas del amor en la pira con gusto abrasarse deja. No aparta, no, el corazon del dardo que lo destroza; dijérase que se goza en tan cruda operacion. Harto se vé que la saña del Serafin aun desca, y con placer paladea una herida... que no daña. Su rostro bello, radiante, y sus extáticos ojos, y, rica en fulgores rojos, su boca, que suspirante de exhalar llamas no cesa, muy claro dan á entender cuán grande sea el placer y la gloria de Teresa. Esto mismo han conocido las Hermanas.
- LEONOR. ¿Acudieron?
- ELENA. Y en sus brazos la cogieron cuando del cuarto ha salido á avisaros.
- JUANA. ¿Pues qué hacemos?
- LEONOR. Vamos tambien. (*Oyese á lo lejos un canto*)
- ELENA. ¿Pero oís?
- ELENA. Es un canto.
- LEONOR. (*Alzándose impaciente*). ¿No venís?
- ELENA. Tal vez vengan. Aguardemos.
- LEONOR. Están cerca, me parece.
- JUANA. Diria que cantan todas.
- ELENA. Es que celebran las bodas de quien de amor desfallece.

ESCENA ÚLTIMA.

LEONOR.—ELENA.—JUANA.—TERESA.—VARIAS RELIGIOSAS.

(Varias Religiosas atraviesan en procesion el huerto, cantando á media voz, y sosteniendo entre dos á Teresa. Pueden cantar, como muy apropiados á esta situacion, estos versos de la Santa:

*Ya toda me entregué y di
Y de tal suerte he trocado
Que mi Amado es para mi
Y yo soy para mi Amado.*

Cuando el dulce Cazador
me tiró y dejó rendida,
en los brazos del amor
mi alma quedó caída,
y cobrando nueva vida
de tal manera he trocado,
*que mi Amado es para mi
y yo soy para mi Amado.*

Tiróme con una flecha
enarbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
ya yo no quiero otro amor,
pues á mi Dios me he entregado,
*y mi Amado es para mi
y yo soy para mi Amado).*

LEONOR. . . ¡Oh! Mirad á las Hermanas
allá abajo. ¿Veis?

JUANA. Es cierto.

ELENA. . . . Es que la llevan al huerto,
donde, con suaves manzanas
y flores, sin duda harán
blando lecho á la querida
Esposa desfallecida.

LEONOR. . . Dos sosteniéndola van
con cuidado.

ELENA. Allí reposo
y dulce sueño de amores,
entre manzanas y flores,
hallará la que el Esposo
escogió entre mil y mil.

LEONOR. . . Y es verdad. Van recogiendo
flores, y un tálamo haciendo
con ellas.

*(Se hará un templete, ó cosa parecida, con arcos de
hojas y de flores, en sitio que pueda ser bien visto de
los espectadores; y allí se colocará reclinada á Teresa).*

- JUANA... . ¡ Lindo pensil
embalsamado de aroma!
- ELENA... . Nido oculto de verdor
en donde arrullos de amor
exhale amante paloma.
(Se oye confusamente la voz de Teresa).
- LEONOR... . Callad. ¿Oís? Yo diría
que es su voz la que hora suena.
- JUANA... . Es verdad. ¿Oyes, Elena?
- ELENA... . ¡Angelical melodía!
- TERESA... . *(Con grande expresion y sentimiento).*
Hermanas, cese el cantar;
no turbeis mi dulce sueño.
En brazos de Dios, mi Dueño,
¡ay, cuán bueno es descansar!
- ELENA... . Guardad, Angeles del cielo
sueño tan encantador.
- LEONOR... . ¡Silencio! Muere de amor
- LA PALOMA DEL CARMELO.

FIN DEL DRAMA.



NOTAS.

CUADRO PRIMERO.

Acerca de su afición á leer libros de Caballerías, y á traer galas, la misma Santa escribe lo siguiente en el capítulo segundo de su Vida:

«Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos (los libros de Caballerías) y aquella pequeña falta, que en ella vi (en su madre) me comenzó á enfriar los deseos, y comenzar á faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebia, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores... por ser muy curiosa.»

Y no sólo leía estos libros, sino que, según refiere el Padre Ribera en su Vida de la Santa, «siendo niña escribió Santa Teresa, acompañada de su hermano Rodrigo, un libro de Caballerías, con tanta elegancia y sutileza, siguiendo el método, ficciones y términos que suelen practicarse en tales obras, que admiró á cuantos lo leyeron.»

Acerca de su amistad con una parienta, y del disgusto con que la veían su padre y hermana, dice lo siguiente, en el mismo Capítulo de su Vida:

«Ansi me acaeció á mí que tenía una hermana de mucha más edad que yo (D.^a María), de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, de ésta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A ésta que digo me aficioné á tratar. Con ella era mi con-

versacion y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo, que yo queria, y aún me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades.»

«Mi padre y hermano sentian mucho esta amistad, reprendíamela muchas veces...»

Respecto de sus primos, la Santa escribe:

«Tenia primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado... Eran casi de mi edad, poco mayores que yo; andábamos siempre juntos, teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, los sustentaba plática y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas...»

CUADRO SEGUNDO.

Acerca de su entrada y permanencia en el convento de Santa Maria de Gracia, de Ávila, en el mismo capítulo, escribe la Santa lo siguiente:

«Porque no me parece habia tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron á un monesterio que habia en este lugar (Santa María de Gracia, convento de monjas Agustinas) adonde se criaban personas semejantes.»

«Aún con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera como me desasosegar con recaudos. Como no habia lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumar en el bien de mi primera edad... Una cosa tenia, que parece me podia ser alguna disculpa si no tuviera tantas culpas, y es, que era el trato con quien por via de casamiento me parecia podia acabar en bien.»

A la Religiosa que en este convento fué su Maestra, y que se llamaba sor Maria de Briceño, la Santa le dedica, entre otras, estas palabras:

«Dormia una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar á darme luz, como ahora diré.

«Pues comenzando á gustar de la buena y santa conversacion de esta monja, holgábame de oirla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa... Comenzóme á contar cómo ella habia venido á ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio muchos son los llamados y pocos los escogidos. Decíame el premio que daba el Señor á los que todo lo dejan por él. . Tambien tenia yo una grande amiga en otro monesterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino adonde ella estaba.»

CUADRO TERCERO.

La Santa refiere las altísimas mercedes que el Señor la hizo, y á las cuales yo me refiero en este Cuadro, con estas palabras:

«Via un ángel cabe mí hácia el lado izquierdo en forma corporal... no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan... Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacia dar aquellos quejidos, y tan ecesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite.» (Cap. XXIX de su vida).

«Estando yo en la Encarnacion... dijome su Majestad:—*No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de Mi.* Dando á entender que no importaba.

«Entonces representóseme por vision imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y dijome—*Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habias merecido, de aqui adelante, no sólo como de Criador, y como de Rey, y tu Dios, mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mia. Mi honra es ya tuya, y la tuya mia.* Hizome tanta operacion esta merced, que no podia caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor—que ó ensanchase mi bajeza, ó no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecia lo podia sufrir el natural.»—(Libro de las Relaciones. Relación III).

ERRATAS

En la pág. 17, lin. 28, dice: *Pensar que sin descanso y tregua*
y debe decir: *Pensar que sin darme tregua.*

En la pág. 32, lin. 22, dice: *y el Señor misericordioso* y debe
decir: *y Dios misericordioso.*

En la misma pág., lin. 43, dice: *te parece, amada Elena* y debe
decir: *¿te parece, amada Elena.*

En la pag. 31, lin. 23, dice: *¡Cómo brillan las orolas!* y debe
decir: *¡Cómo brillan las corolas!*

En la misma página, lin. 37, dice: *la verdad diría mi lengua*
y debe decir: *la verdad dirá mi lengua.*

ERRATA

In the first column of page 10, the word "and" should be "or".
In the second column of page 10, the word "and" should be "or".
In the third column of page 10, the word "and" should be "or".
In the fourth column of page 10, the word "and" should be "or".
In the fifth column of page 10, the word "and" should be "or".
In the sixth column of page 10, the word "and" should be "or".
In the seventh column of page 10, the word "and" should be "or".
In the eighth column of page 10, the word "and" should be "or".





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	2/28	Precio de la obra.....	Ptas.....
Estante.....	117	Precio de adquisición.....	».....
Tabla.....	2	Valoración actual.....	».....

2

